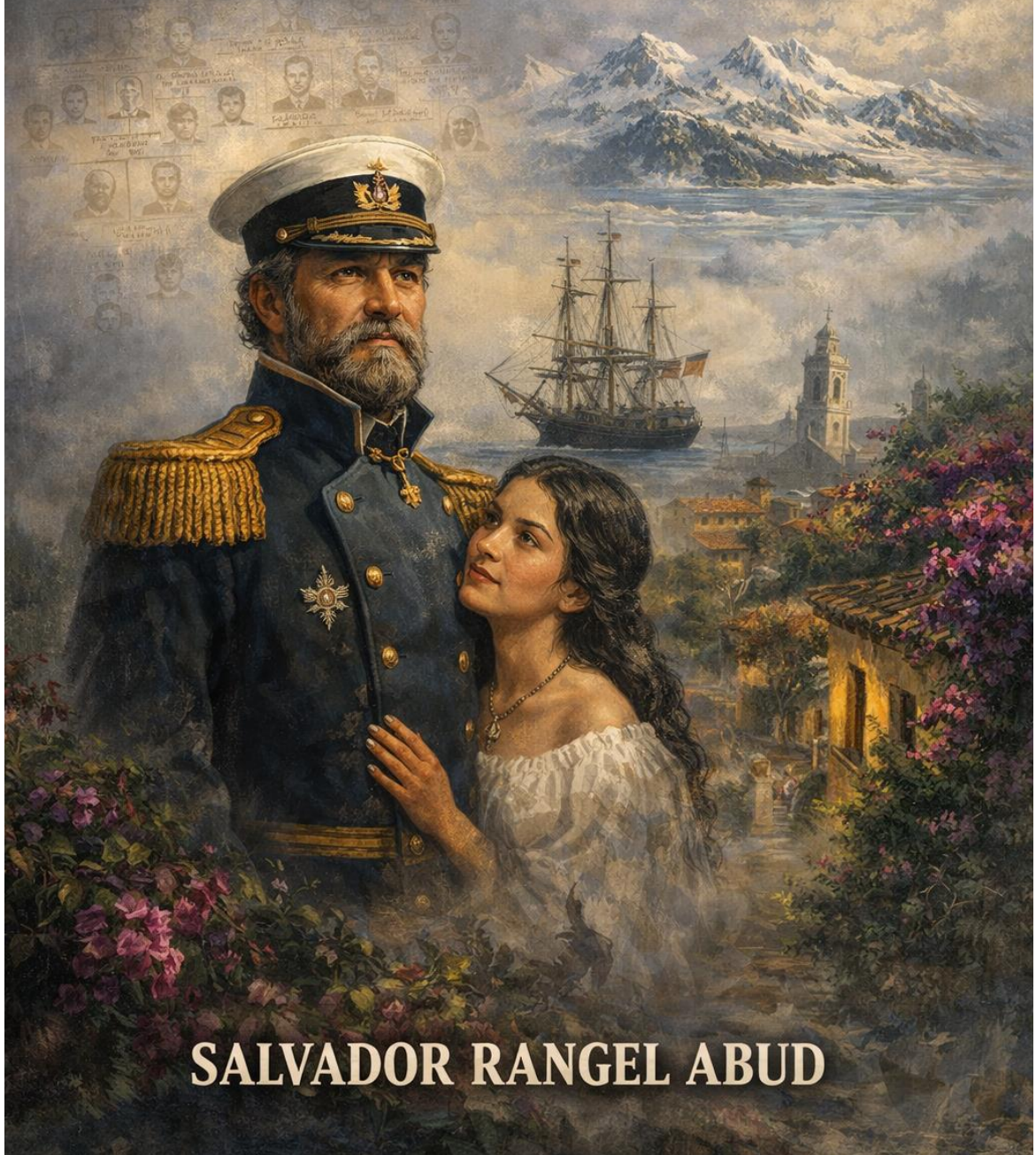


LA SANGRE DEL NORTE

WRANGELL



LA SANGRE DEL NORTE

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

En 1824, Ferdinand Petrovich, barón de von Wrangell, almirante de la Marina Imperial Rusa, explorador del Ártico y gobernador de Alaska, hizo una parada no planeada en Xalapa, México, de camino al Puerto de Veracruz. Tres días en una casa del barrio de Xallitic bastaron para que la historia de una familia comenzara sin que ninguno de los protagonistas lo supiera.

De ese encuentro nació Juan Rangel García, cuyo apellido un cura veracruzano simplificó en la sacristía de la parroquia del Beaterio convirtiendo Wrangell en Rangel con la misma naturalidad con que la historia simplifica lo que no entiende. Seis generaciones después, un médico xalapeño recibe en un sobre el último legado del cronista de su ciudad y descubre que la historia que creía conocer era más grande de lo que imaginaba.

La sangre del norte es una novela romántico-histórica-genealógica que recorre doscientos años de historia mexicana a través de un linaje que nació del azar, sobrevivió a la guerra y la expropiación y las pérdidas tempranas, y que llega al presente con el mismo corazón frágil y fuerte que latió por primera vez en una noche de Xallitic que nadie supo que iba a durar tanto.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene escenas de intimidad narradas con discreción, referencias a muertes familiares y enfermedades, y episodios históricos de violencia bélica propios del México del siglo XIX. El contenido histórico es riguroso y verificable. Los personajes, diálogos y escenas privadas son reconstrucciones imaginativas basadas en tradición oral familiar y documentación cronística. El autor advierte que algunos episodios pueden tener resonancia emocional para los miembros de la familia Rangel Abud y sus descendientes, destinatarios principales de esta obra.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

Ha publicado más de cien novelas. Nacido en Xalapa, Veracruz, es descendiente en sexta generación de Ferdinand Petrovich barón de von Wrangell (1794-1870), almirante de la Marina Imperial Rusa y explorador del Ártico.

Es el actual patriarca de la familia Rangel y el primer miembro del linaje en superar la edad de su ancestro más remoto conocido.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La sangre del norte

Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Novela romántico-histórica-genealógica
Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo
Extensión aproximada: 30,000 palabras
Estilo literario: parecido al de Arturo Pérez-Reverte
Marco narrativo: Xalapa, Veracruz, 1991-1992
Arco temporal: 1794-2024
Primera edición: 2025
Licencia: CC BY-NC-ND 4.0
Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una deuda. Entre 1991 y 1992, el profesor David Ramírez Lavoignet, cronista oficial de la ciudad de Xalapa y paciente del Centro de Especialidades Médicas donde yo era subdirector, me fue entregando en conversaciones de hospital la historia de mi propio linaje con la generosidad de quien administra un bien que no le pertenece sino que está bajo su custodia temporal.

Murió antes de poder completar la entrega. Lo que este libro contiene es mi manera de cumplir la promesa implícita en ese sobre que me hizo llegar poco antes de morir: que sus hijos supieran de dónde vienen.

Lo que el lector encontrará aquí es la combinación de tres fuentes: los datos históricos verificables sobre Ferdinand Petrovich barón de von Wrangell, la tradición oral familiar preservada por mi padre Alfonso Rangel Rodríguez y transmitida a sus hijos, y los datos genealógicos y cronísticos proporcionados por el profesor Ramírez Lavoignet. Donde la historia calla, habla la novela. Donde la novela habla, la historia la respalda.

A mis hijos Luis Antonio y Héctor Gabriel, y a sus hijos, y a los hijos de sus hijos: esto es lo que fuimos.

Cuídenlo.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

genealogía, linaje, Xalapa, Veracruz, México, Imperio Ruso, Ferdinand von Wrangel, Alaska, Ártico, independencia de México, historia familiar, novela histórica, romance histórico, masonería, siglo XIX, siglo XX, medicina, magisterio, inmigración libanesa, Rangel, Wrangel, corazón, herencia, memoria, identidad

TEMAS PRINCIPALES

La identidad como construcción a lo largo del tiempo. La herencia que se transmite sin palabras, en la manera de mirar y de sostenerse frente a la adversidad. El azar como fundador de linajes: una parada no planeada, tres días en una casa, un apellido simplificado por un cura sin imaginación y sin malicia. La fragilidad del corazón como herencia biológica y como metáfora de todo lo que esta familia ha sido: fuerte y frágil al mismo tiempo, capaz de ceder y capaz de seguir. La función de la memoria oral y del cronista como custodio de lo que los archivos no pueden guardar. México como país construido sobre capas de historia que se superponen sin anularse. La masonería como hilo discreto de una tradición de perfeccionamiento moral que atraviesa generaciones. La continuidad de los linajes que aprenden a construir desde la ausencia.

CITAS DESTACADAS

"Aquí la historia calla, pero la razón puede hablar." — El profesor David Ramírez Lavoignet, narrador fuente

"No toda la historia está en los papeles: parte está en usted, que es donde siempre termina la historia de una familia cuando ha durado suficiente." — Nota final del profesor Ramírez Lavoignet al autor

"El corazón Rangel es fuerte y es frágil al mismo tiempo, que es quizás la descripción más exacta de todo lo que esta familia ha sido desde que un cura veracruzano simplificó un apellido en 1824." — Capítulo 12

"Wrangel. Rangel. El mismo nombre. La misma sangre. El mismo norte. El mismo corazón... pero hoy... aún late con fuerza." — Epílogo

COMPARACIONES LITERARIAS

Por su rigor histórico combinado con pulso narrativo y personajes de carne y hueso sobre hechos reales, esta novela se inscribe en la tradición de Arturo Pérez-Reverte, referencia estilística declarada del autor. Por su exploración de la identidad familiar a través del tiempo y la memoria oral, guarda afinidad con *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, aunque sin el registro mágico: la historia de los Rangel no necesita magia porque la realidad ya es suficientemente extraordinaria. Por su estructura de linaje trazado generación a generación, puede compararse con *Roots* de Alex Haley, la gran novela genealógica del siglo XX. Y por su combinación de aventura histórica, exploración y romance en el siglo XIX, evoca el espíritu de Patrick O'Brian y sus novelas del mar.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Qué elementos de la historia de los Rangel reconoce en su propia historia familiar? ¿Existe en su familia un equivalente al recorte de periódico, un objeto que haya pasado de generación en generación cargando una historia? ¿Cómo cambia nuestra comprensión de nosotros mismos cuando conocemos el origen completo de nuestro apellido? ¿Qué responsabilidad tienen las generaciones presentes de preservar y transmitir la memoria familiar? ¿Qué significa el corazón frágil del linaje Rangel como herencia biológica y como metáfora? ¿Cómo influye el conocimiento de nuestros ancestros en la manera en que entendemos nuestras propias capacidades y limitaciones? ¿Qué habría sido diferente en la historia si el padre Talamantes hubiera escrito Wrangel en lugar de Rangel?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2025). La sangre del norte. Internet Archive.
<https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. La sangre del norte. Internet Archive, 2025.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. La sangre del norte. Internet Archive, 2025.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento cuarenta novelas, entre las que se encuentran proyectos activos de narrativa didáctica e histórica:

El último rojo del Soviet, ambientada en la Ciudad de México y centrada en el debate ideológico del siglo XX;

Una España siempre en llamas, novela coral sobre la Guerra Civil Española y sus consecuencias a lo largo de ciento cincuenta años;

Las voces de la razón, ambientada en un seminario en La Sorbona de París en marzo de 2026. Todas comparten el compromiso del autor con el rigor histórico, el estilo literario definido y la convicción de que la novela es el mejor instrumento disponible para hacer que la historia llegue a quienes los libros de texto no alcanzan.

ÍNDICE

PRÓLOGO

El cronista y el médico

PRIMERA PARTE

EL BARÓN

San Petersburgo — El Ártico — América, 1794-1823

Capítulo 1: El hijo del Báltico

Capítulo 2: Los hielos y el nombre

SEGUNDA PARTE

EL ENCUENTRO

México, 1824

Capítulo 3: El país que no estaba en los mapas

Capítulo 4: El camino a Xalapa

Capítulo 5: La casa de Xallitic

Capítulo 6: Lo que dejó el invierno

TERCERA PARTE

LA ESTIRPE

Xalapa y México, 1829-1943

Capítulo 7: Juan y la reliquia

Capítulo 8: Francisco y la capital

Capítulo 9: Don Amado

Capítulo 10: Alfonso y Josefina

Capítulo 11: Los tres hijos

Capítulo 12: El recorte de periódico

EPÍLOGO: La isla que lleva su nombre

WRANGELL: LA SANGRE DEL NORTE

*"Un hombre no sabe quién es hasta
que sabe de dónde viene. Y a veces, cuando lo sabe,
entiende por qué siempre fue así."*

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El cronista y el médico

Hay ciudades que guardan sus secretos en los archivos y ciudades que los guardan en las personas. Xalapa siempre ha preferido lo segundo. Sus historias más verdaderas no viven en los estantes de la biblioteca ni en los legajos del registro civil: viven en la memoria de ciertos hombres que caminaron sus calles durante décadas con los ojos bien abiertos y la costumbre de no olvidar nada que valiera la pena recordar. El profesor David Ramírez Lavoignet era uno de esos hombres. Quizás el último de su especie.

Lo conocí siendo yo un niño, a través de mi padre, que lo tenía en alta estima. Era cronista oficial de la ciudad, cargo que en Xalapa no es una formalidad sino una vocación: el cronista es el hombre que sabe lo que la ciudad fue antes de que los demás llegaran, el que puede decirte por qué una calle se llama como se llama, quién vivió en tal casa hace cien años y qué pasó allí una noche que nadie quiso recordar en voz alta. Ramírez Lavoignet ejercía ese oficio con la autoridad tranquila de quien no necesita demostrar lo que sabe porque lo sabe demasiado bien.

No lo volví a ver durante muchos años. La vida hace eso: aleja a las personas por el simple procedimiento de ocupar cada hora disponible con algo distinto. Yo estudié medicina, me especialicé, construí una carrera que me fue llevando por los pasillos de los hospitales con esa mezcla de urgencia y rutina que conoce cualquiera que haya ejercido la profesión de verdad. Hasta que en 1991, siendo ya subdirector del Centro de Especialidades Médicas de Xalapa, el profesor Ramírez Lavoignet apareció en mi hospital como paciente.

Tenía más de setenta años y una salud que empezaba a darle señales inequívocas de que el tiempo de los grandes proyectos se acababa. Pero su memoria era prodigiosa. Y su manera de hablar —esa cadencia particular del xalapeño culto que mezcla la precisión del historiador con el gusto del narrador por el detalle exacto— no había perdido nada de su poder. Cuando el profesor Ramírez Lavoignet empezaba a contar algo, uno dejaba de hacer lo que estaba haciendo.

Al principio nuestras conversaciones eran las de siempre: Xalapa, sus barrios, sus personajes, los episodios de su historia que él conocía con una intimidad que a mí me parecía casi sobrenatural. Hablábamos del cerro de Macuiltépetl y de las nieblas de noviembre, de la arquitectura de los edificios del centro que habían sobrevivido a la modernización con más dignidad de la que merecían las intervenciones que habían sufrido, de los cafetales que alguna vez bajaron por las laderas hasta casi tocar las primeras casas de la villa. Yo escuchaba. Él hablaba. Era un intercambio perfectamente desigual y perfectamente satisfactorio para ambas partes.

Fue en una de esas tardes, durante una de sus revisiones de seguimiento, cuando el profesor dijo algo que cambió el registro de nuestra conversación. Lo dijo de la manera en que los hombres muy sabios dicen las cosas más importantes: sin anunciarlo, sin preparación, como si fuera la continuación natural de algo que llevábamos mucho tiempo hablando aunque en realidad fuera la primera vez que tocábamos ese tema.

—¿Sabe usted, doctor —dijo, mientras yo revisaba su expediente con la atención a medias que se le da a los papeles cuando alguien está hablando—, que su abuelo don Amado fue uno de los hombres más notables que ha dado esta ciudad?

Levanté la vista.

Sabía poco de mi abuelo Amado. Lo que saben los nietos de los hombres que murieron antes de que ellos nacieran o cuando eran demasiado pequeños para hacer preguntas: una imagen difusa compuesta de referencias familiares, alguna fotografía amarillenta, el nombre de una farmacia que ya no existía pero que los mayores mencionaban con un respeto que yo había aprendido a reconocer sin entender del todo su origen. Mi padre me había hablado de él alguna vez, con esa mezcla de orgullo y melancolía con que los hijos hablan de los padres que perdieron demasiado pronto. Pero los detalles eran escasos.

—Sé algunas cosas —dije.

—Sabe usted muy poco —dijo el profesor, sin malicia, con la sencillez del hombre que constata un hecho—. Y lo que no sabe es más interesante que lo que sabe. Aunque en realidad, para entender a don Amado, hay que empezar mucho antes que él.

—¿Cuánto antes?

El profesor me miró con esa expresión que yo le vería muchas veces en los meses siguientes: la de alguien que tiene entre las manos algo que sabe que va a sorprender y que está calibrando el momento exacto para entregarlo.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez del Barón von Wrangel?

No había oído. O si había oído, no lo recordaba. El nombre no me decía nada.

—Ferdinand Petrovich, Barón von Wrangel —repitió el profesor, como si pronunciarlo completo fuera ya el inicio de la historia—. Almirante de la Marina Imperial Rusa. Explorador del Ártico. Gobernador de Alaska. Un hombre que en 1824, siendo joven y con el mundo entero todavía por delante, pasó unos días en Xalapa de camino al Puerto de Veracruz, se alojó en la casa de un coronel del barrio de Xallitic y dejó aquí algo que no se llevó consigo cuando partió.

Hizo una pausa. Afuera, en el pasillo, el hospital seguía con su ruido propio: pasos apresurados, el sonido metálico de un carrito de medicamentos, una voz que llamaba a alguien por su nombre. Dentro del consultorio, yo había dejado de mirar el expediente.

—¿Qué dejó? —pregunté.

—Su sangre —dijo el profesor—. Que con el tiempo se convirtió en su apellido. Que con más tiempo se convirtió en el suyo.

Así comenzaron las conversaciones que este libro intenta preservar. Durante varios meses, en las visitas de seguimiento y en algunas tardes que el profesor aprovechaba para venir al hospital aunque no tuviera cita, Ramírez Lavoignet me fue entregando la historia de mi propio linaje con la generosidad de quien sabe que está administrando un bien que no le pertenece sino que está bajo su custodia temporal. Hablaba despacio, con el cuidado del hombre que distingue entre lo que sabe con certeza y lo que infiere con fundamento. Cuando se trataba de hechos documentados, los citaba con precisión. Cuando la historia requería imaginar lo que los documentos no podían decir, lo advertía con una frase que se convirtió en su marca: *aquí la historia calla, pero la razón puede hablar*.

No llegó a entregarme todo lo que prometió. Su salud se deterioró más rápido de lo que ninguno de los dos habíamos calculado, y hubo un período en que dejé de verlo. Tiempo después, ya cerca del final, hizo llegar a través de interpósita persona un sobre que contenía un recorte de periódico con una semblanza de mi abuelo Amado que él había escrito años atrás, algunos apuntes genealógicos sobre el origen del apellido Rangel en Xalapa, y una nota breve escrita con una letra que el temblor de los años había vuelto menos firme pero no menos legible. La nota decía, simplemente: *Para que sus hijos sepan de dónde vienen. Con el afecto de siempre. A.R.L.*

Guardé ese sobre durante años. Lo abrí muchas veces. Lo cerré otras tantas pensando que algún día tendría el tiempo y la disposición necesarios para hacer con él algo más que guardarlo. Este libro es ese algo.

Lo que el lector encontrará en estas páginas es el resultado de tres fuentes que no siempre hablan el mismo idioma pero que, juntas, componen algo parecido a la verdad. La primera es lo que el profesor Ramírez Lavoignet me contó en aquellas tardes de hospital: historia documentada, verificable, anclada en fechas y nombres reales. La segunda es lo que mi padre me contó a lo largo de los años con esa mezcla de certeza y leyenda que tiene la memoria oral cuando ha pasado por varias generaciones de bocas. La tercera es lo que la imaginación honesta puede reconstruir en los espacios que la historia no alcanzó a documentar: los pensamientos de un barón ruso mirando el horizonte desde cubierta, las palabras que una muchacha de dieciséis años le dijo a un extranjero en una casa del barrio de Xallitic, el peso de un sobre en las manos de un hombre que acaba de enterarse de que su apellido tiene otra ortografía y otra latitud de origen.

Nada de lo esencial es inventado. Nada de lo íntimo puede ser verificado. Esa es la condición de toda memoria que vale la pena: que sea más grande que los documentos que la sostienen.

Mi nombre es Salvador Rangel Abud. Soy médico, soy xalapeño y soy, según me enseñó el profesor Ramírez Lavoignet en aquellas tardes que ya no volverán, descendiente en quinta generación de un explorador ruso que buscó una isla en el Ártico, la encontró sin saberlo, y dejó su nombre en dos lugares del mundo que nunca se conocerán: una extensión de tundra en el meridiano 180 y una familia en una ciudad de niebla y buganvillas en el estado de Veracruz, México.

Esta es su historia. Esta es mi historia. Y la de todos los que vengan después.

PRIMERA PARTE

EL BARÓN

CAPÍTULO 1

El hijo del Báltico

Pskov huele a madera mojada y a invierno permanente. No es el invierno espectacular de las novelas rusas, ese que cae de golpe como una sentencia y cubre todo de blanco con una generosidad que casi parece misericordiosa. Es un invierno gris y pertinaz que llega en octubre y no termina de irse hasta bien entrado mayo, que impregna las piedras de los edificios y los abrigo de los hombres y el carácter de los que nacen ahí con esa convicción sorda de que el frío es la condición natural de las cosas y el calor, cuando llega, es apenas una interrupción provisional.

Ferdinand Petrovich von Wrangel nació en Pskov el 9 de enero de 1797 en el seno de una familia de la nobleza báltica de origen alemán. Era ese estrato particular del Imperio Ruso que los historiadores describen con la frialdad de los clasificadores pero que por dentro tenía una textura más compleja: familias de apellidos germánicos que llevaban generaciones al servicio del zar, que hablaban alemán en casa y ruso en la corte y francés en los salones y que habían aprendido a moverse entre esos mundos con la fluidez del que no pertenece del todo a ninguno y por eso puede moverse en todos. Eran leales al Imperio con una lealtad que no necesitaba argumentos porque era anterior a los argumentos: era constitutiva, era lo que eran.

Su padre murió cuando Ferdinand era todavía un niño. No hay registro preciso de cómo afectó esa ausencia temprana al carácter del hombre que llegaría a ser, pero hay una lógica en las ausencias que los psicólogos modernos describirían con terminología que los contemporáneos de Ferdinand no conocían y que él mismo habría rechazado como innecesaria: los hombres que crecen sin padre aprenden muy pronto que el mundo no les debe nada y que lo que quieran de él tendrán que ganárselo. Ferdinand lo aprendió. Le quedaría esa enseñanza para siempre.

Su madre lo entregó a la Marina Imperial con la misma naturalidad con que en esas familias se tomaban las decisiones que parecían inevitables. No fue una decisión difícil ni una que requiriera largas deliberaciones: era lo que correspondía, era el camino que el linaje y las circunstancias señalaban con una claridad que no dejaba mucho espacio para la duda. La Marina era el lugar donde los jóvenes de familias como la suya encontraban la formación, el rango y la posibilidad de hacer algo que valiera la pena recordar. Ferdinand tenía quince años cuando ingresó al Cuerpo de Guardiamarinas de Kronstadt.

Kronstadt es una ciudad construida sobre una isla artificial en el Golfo de Finlandia, a treinta kilómetros al oeste de San Petersburgo, por orden de Pedro el Grande. Pedro la quería como defensa avanzada de su nueva capital y como base de operaciones de la flota del Báltico, y la construyó con esa mezcla de visión imperial y brutalidad práctica que caracterizaba todo lo que hacía: miles de trabajadores, muchos de ellos siervos, levantaron en condiciones extremas una ciudad que era a la vez fortaleza, puerto y academia naval. Para cuando Ferdinand llegó, Kronstadt llevaba un siglo funcionando y tenía ya la personalidad específica de los lugares

que han sido contruidos para un propósito único: todo en ella recordaba que estaba ahí para preparar a los hombres para el mar.

El mar, Ferdinand lo aprendió pronto, no es un paisaje. Es un oficio. Y como todo oficio verdadero, se aprende despacio, con el cuerpo antes que con la mente, con los errores antes que con los aciertos. Aprendió a leer las cartas de navegación con la misma atención con que otros leen los libros sagrados, sabiendo que una mala lectura no produce un malentendido sino un naufragio. Aprendió a calcular posiciones con el sextante en condiciones en que las manos tiemblan de frío y el horizonte desaparece detrás de la niebla. Aprendió que la geometría no es una abstracción sino la diferencia entre llegar a puerto y no llegar. Y aprendió, más importante que todo lo anterior, que los hombres se conocen de verdad solo cuando el viento cambia de dirección en mitad de la noche y hay que tomar decisiones sin tiempo para pensarlas.

Hizo amistades en Kronstadt que durarían décadas. Los jóvenes que se forman juntos en condiciones difíciles desarrollan una forma de lealtad que no necesita demostrarse porque se estableció en circunstancias en que no había manera de fingirla. Ferdinand era observador y callado, no por timidez sino por la costumbre del que prefiere entender antes de hablar. Sus compañeros lo respetaban. Sus superiores lo notaban. Había en él algo que los oficiales con experiencia reconocen en los jóvenes que llegarán lejos: no la ambición ruidosa ni el talento que se exhibe, sino esa combinación más difícil de encontrar y más valiosa de conservar que es la competencia real unida a la capacidad de aprender de lo que todavía no se sabe.

San Petersburgo estaba a treinta kilómetros, pero podría haber estado en otro mundo. La capital del Imperio bajo el reinado de Alejandro I era una ciudad que había decidido ser europea con la misma determinación con que Pedro el Grande había decidido construirla sobre un pantano: a cualquier costo, contra toda lógica, por pura voluntad imperial. Sus palacios y sus bulevares y sus canales miraban hacia el oeste con una admiración que lindaba con la nostalgia de algo que no se había tenido nunca. Se hablaba francés en los salones. Se leía a los filósofos ilustrados. Se discutían en voz baja ideas que en otros contextos habrían sido peligrosas y que en ese contexto eran apenas la conversación normal de los hombres cultivados.

Fue en esos círculos donde Ferdinand se encontró, siendo ya oficial joven con algunos viajes a cuestras, con una forma de pensamiento que le resultó familiar de una manera que no supo explicar del todo. Eran reuniones en casas privadas, convocadas sin anuncio público, a las que se llegaba por invitación y de las que no se hablaba en los contextos equivocados. Los hombres que las frecuentaban eran oficiales navales, funcionarios imperiales, científicos, algunos nobles de rango. Se trataban con una familiaridad que iba más allá de la jerarquía habitual: aquí un almirante y un teniente podían discutir en pie de igualdad sobre el deber, el honor y los fundamentos del orden moral, sin que el rango determinara quién tenía razón.

Ferdinand asistió a algunas de esas reuniones con la discreción que caracterizaba todo lo que hacía. Escuchó más que habló. Observó más que participó. Pero algo en ese ambiente —en esa forma de hablar sobre el perfeccionamiento del carácter como si fuera un trabajo técnico con sus propias herramientas y sus propios grados

de avance— resonó con algo que ya estaba en él y que hasta entonces no había encontrado nombre ni comunidad. No habló de esas reuniones. No hizo falta. Hay conocimientos que se transmiten sin palabras precisamente porque las palabras los empobrecerían.

La expedición con el capitán Vasily Golovnin llegó en el momento exacto. Ferdinand tenía veintitrés años y llevaba ya suficiente tiempo en Kronstadt como para saber que la formación académica tiene sus límites y que lo que falta se aprende únicamente en el mar abierto. Golovnin era uno de los navegantes más respetados de la Marina Imperial, un hombre que había dado la vuelta al mundo y que tenía la reputación de los exploradores que no explotan a su tripulación sino que la forman: exigente, justo, capaz de reconocer el talento ajeno sin sentirse amenazado por él. Cuando Ferdinand se enteró de que Golovnin buscaba oficiales para una nueva expedición al Pacífico Norte, solicitó su inclusión sin dudar.

Partieron en 1817.

El viaje que siguió fue la educación que ninguna academia naval podía haber dado. El Pacífico Norte en aquellos años era todavía un territorio de bordes imprecisos en los mapas europeos, un espacio donde el Imperio Ruso, la corona española, los intereses comerciales británicos y las naciones indígenas del continente americano se encontraban y se rozaban en una frontera que nadie había terminado de trazar con precisión. Ferdinand recorrió esas costas con los ojos del explorador y los instrumentos del científico, midiendo, anotando, cartografiando. Desarrolló en ese viaje la costumbre del diario que mantendría toda su vida: una anotación diaria, precisa, con la fecha y las coordenadas y el estado del tiempo y la observación del día. No era literatura. Era algo más útil que la literatura: era la memoria organizada de un hombre que sabía que lo que no se escribe se pierde.

Regresó a San Petersburgo con la convicción de que el mundo era más grande y más interesante de lo que cualquier mapa existente podía mostrar, y con la determinación de pasarse la vida reduciéndola a diferencia entre los dos. Le esperaban misiones más grandes todavía. Y una isla que todavía no había encontrado, en un mar que todavía no había cruzado, que llevaría su nombre antes de que él la viera con sus propios ojos.

Pero eso vendría después.

Primero vendría México.

CAPÍTULO 2

Los hielos y el nombre

Hay una clase de soledad que solo existe en el Ártico. No es la soledad de la ciudad grande donde uno puede estar rodeado de miles de personas y no ser visto por ninguna, ni la soledad del hombre que ha perdido a alguien que amaba y lleva el hueco de esa pérdida como se lleva una herida que no termina de cerrar. Es una soledad anterior a todo eso, más elemental, más honesta: la soledad del ser humano frente a una extensión de hielo y cielo que no tiene principio ni fin identificable y que no le debe nada a nadie y que existía antes de que él llegara y

seguirá existiendo mucho después de que se haya ido. Es la soledad que te obliga a saber quién eres porque no hay ningún otro espejo.

Ferdinand von Wrangel la conoció entre 1820 y 1824, durante la expedición a la costa norte de Siberia oriental que el Imperio le encargó con instrucciones que combinaban la precisión científica con la ambición geográfica que caracterizaba a la Marina Imperial en esos años de expansión. La misión era clara en su enunciado y extraordinariamente difícil en su ejecución: recorrer y cartografiar la costa ártica desde la desembocadura del río Kolyma hasta el estrecho de Bering, establecer la posición exacta de los cabos y bahías que los mapas existentes marcaban con una vaguedad que era casi una confesión de ignorancia, y determinar si existía o no una isla de gran tamaño que los indígenas chukchi mencionaban con una naturalidad desconcertante: una masa de tierra visible desde la costa en los días claros de invierno, cuando el aire del Ártico tiene esa transparencia cortante que permite ver a distancias que en otras latitudes serían imposibles.

Nadie en San Petersburgo sabía con certeza si la isla existía. Los chukchi la describían con detalles que sugerían conocimiento directo, pero los chukchi no tenían mapas y su geografía era oral y relativa: a tantos días de viaje en trineo en tal dirección, visible desde tal cabo cuando el tiempo lo permite. Ferdinand tomó nota de cada descripción con la seriedad que le daba a todo lo que podía convertirse en conocimiento verificable. Si la isla existía, la encontraría. Si no existía, lo demostraría con la misma precisión con que demostraría su existencia. La ausencia de evidencia, le había enseñado Kronstadt, también es un resultado científico.

La expedición duró cuatro años. Cuatro inviernos árticos, que es decir cuatro temporadas en que la oscuridad dura veinte horas y el frío alcanza temperaturas ante las que el cuerpo humano reacciona primero con dolor y luego, si uno no tiene cuidado, con una indiferencia que es la antesala de la muerte. Ferdinand aprendió a moverse en ese paisaje con la eficiencia pragmática del que no tiene otra opción: trineos tirados por perros, campamentos que se levantaban y desmontaban en condiciones que habrían paralizado a cualquier hombre menos entrenado, jornadas de marcha sobre superficies que podían ser sólidas o no serlo, con la diferencia entre ambas posibilidades decidida por factores que no siempre era posible evaluar desde arriba.

Llevaba su diario con fidelidad casi ritual. Cada noche, independientemente del cansancio o del frío, anotaba las coordenadas del día, el estado del tiempo, las observaciones geográficas, las conversaciones con los guías indígenas que le servían de intérpretes y de memoria local. Los chukchi le fascinaban. Eran un pueblo que había aprendido a vivir en las condiciones más hostiles del planeta con una elegancia práctica que Ferdinand reconocía como una forma de sabiduría radicalmente diferente a la que se enseñaba en las academias navales pero no inferior a ella en ningún sentido que importara. Sabían leer el hielo. Sabían leer el cielo. Sabían cosas sobre ese territorio que ningún mapa europeo podía contener porque eran conocimientos que se transmitían de generación en generación mediante la experiencia directa, no mediante la escritura.

Le hablaron de la isla muchas veces. Le dieron nombres, le describieron su silueta vista desde la costa en los días de máxima visibilidad, le contaron que sus ancestros

habían llegado a ella en épocas de bonanza cuando el hielo formaba un puente suficientemente sólido para cruzarlo. Ferdinand escuchó todo con la misma atención con que escuchaba sus instrumentos de medición. Buscó la isla con una meticulosidad que sus superiores en San Petersburgo apreciaron en los informes pero que solo los hombres que estuvieron con él en el campo podían valorar en su dimensión real: no era la búsqueda del explorador que quiere poner su nombre en un mapa sino la del científico que no puede dejar una pregunta sin respuesta aunque la respuesta sea que no hay respuesta.

No la encontró. Las condiciones del hielo y la niebla y los límites de los instrumentos disponibles conspiraron contra él en los momentos cruciales. Estuvo cerca, según sus propios cálculos, lo suficientemente cerca como para saber que algo estaba ahí, pero no lo suficiente para verlo con los ojos y asentarlo en las cartas con la certeza que el método científico exige. Regresó a San Petersburgo con mapas extraordinariamente detallados de la costa ártica siberiana, con observaciones meteorológicas y etnográficas de valor incalculable, con un informe que la Academia de Ciencias Rusa recibiría con admiración, y con la convicción personal, que sus cuadernos documentaban con rigor, de que la isla existía aunque él no la hubiera visto.

Tendría razón. En 1867, mucho después de que Ferdinand hubiera dejado el Ártico para siempre, el capitán estadounidense Thomas Long avistó la isla y la bautizó con el nombre del hombre que la había buscado sin encontrarla. La Isla Wrangel: 7,300 kilómetros cuadrados de tundra ártica en el meridiano 180, donde el este y el oeste del mundo se tocan. Llevaría su nombre para siempre, por el único mérito de haberla buscado bien. Hay una justicia en eso que Ferdinand nunca llegó a conocer pero que sus descendientes pueden apreciar desde la distancia de los años: a veces la historia le da a un hombre el reconocimiento que sus contemporáneos no supieron darle, y lo hace de la manera más silenciosa y más permanente posible, grabando su nombre en la geografía del mundo.

Cuando Ferdinand regresó de su expedición ártica en 1824 era un hombre diferente al que había partido. No diferente en el sentido de transformado por alguna experiencia mística ni sacudido por ninguna revelación que hubiera cambiado sus convicciones fundamentales. Diferente en un sentido más concreto y más duradero: había pasado cuatro años midiendo el mundo con sus propios instrumentos en condiciones extremas y el resultado era que ya no le tenía miedo a casi nada. El miedo requiere incertidumbre sobre lo que puede pasarle a uno, y Ferdinand había visto ya suficiente de lo que podía pasarle a un hombre en el Ártico como para saber que era capaz de manejarlo. Eso no es arrogancia. Es calibración.

San Petersburgo lo recibió con condecoraciones y con una nueva misión. El Imperio tenía intereses en el continente americano que requerían atención diplomática: las colonias rusas en Alaska generaban fricciones con los intereses norteamericanos y españoles en la región, y había además una república nueva al sur, un país llamado México que acababa de independizarse del Imperio español y con el que Rusia quería establecer relaciones comerciales antes de que los ingleses o los norteamericanos ocuparan ese espacio. Alguien tenía que ir. Alguien con experiencia en las Américas, con capacidad de negociación, con el rango suficiente

para ser recibido con respeto y el criterio suficiente para no meter la pata en una situación que los diplomáticos de escritorio no entenderían del todo.

Le ofrecieron la misión a Ferdinand. La aceptó con la misma naturalidad con que había aceptado el Ártico: como el siguiente paso en una trayectoria que no tenía por qué detenerse.

Partió hacia América en los últimos meses de 1823. El viaje era largo y complejo: cruzar Europa, embarcar hacia el Atlántico, navegar hacia el sur a lo largo de las costas americanas, y llegar eventualmente a ese México del que Ferdinand sabía lo que los informes diplomáticos podían decirle, que era considerablemente menos de lo que necesitaba saber. Llevaba cartas de presentación del ministerio, instrucciones precisas sobre los temas que debía negociar y una maleta de libros sobre la historia y la geografía del continente que empezó a leer desde el primer día de viaje con la misma metodología con que había leído los informes sobre el Ártico antes de partir hacia Siberia: como si cada página fuera un instrumento de medición que le permitiera llegar al terreno con menos ignorancia de la inevitable.

Lo que los libros no podían decirle era cómo olería México. Cómo sonaría. Qué haría el calor con el aire cuando el barco se acercara a la costa y el viento dejara de ser el viento frío del Atlántico y se convirtiera en algo completamente distinto: denso, húmedo, cargado de olores que no tenían nombre en el vocabulario de un hombre criado en el Báltico. Lo que los libros no podían decirle era que ese país que estaba a punto de conocer iba a dejarle algo que él no había planeado dejar, en una ciudad que no estaba en su itinerario original, en una noche que ninguno de los dos implicados habría podido predecir.

Pero eso, como el nombre en el mapa ártico, vendría después. Primero había que llegar.

SEGUNDA PARTE

EL ENCUENTRO

CAPÍTULO 3

El país que no estaba en los mapas

Veracruz en agosto huele a sal, a fruta madura y a algo indefinible que los viajeros europeos de la época describían con distintas palabras según su temperamento: los optimistas lo llamaban vitalidad, los pesimistas lo llamaban decadencia, y los más honestos admitían que no tenían en su vocabulario el término exacto para una mezcla sensorial que no se parecía a nada que hubieran experimentado antes. Ferdinand von Wrangel desembarcó en el Puerto de Veracruz a mediados de 1824 y abrió su diario esa misma tarde con la intención de describir lo que veía. Escribió tres líneas, las tachó y las volvió a escribir de otra manera. Las volvió a tachar. Cerró el diario.

Había navegado tres océanos y cartografiado costas que no aparecían en ningún mapa europeo. Había dormido en el hielo del Ártico y negociado con caciques indígenas en Alaska en un idioma que ninguno de los dos dominaba del todo. Pero

México era otra cosa. México era un país que todavía estaba decidiendo qué quería ser, y esa indecisión tenía una energía particular que se sentía en el aire de los puertos y en la velocidad con que la gente hablaba y en la manera en que los hombres se miraban en las calles como calibrándose mutuamente, evaluando lealtades y peligros con la rapidez que da la costumbre de vivir en un tiempo en que las lealtades cambian y los peligros también.

Tres años habían pasado desde la consumación de la independencia. Tres años en que la nueva república había tenido ya un emperador —Agustín de Iturbide, coronado y destronado con una velocidad que decía mucho sobre la fragilidad de los consensos— y estaba ahora intentando construir algo más sólido bajo la presidencia de Guadalupe Victoria, el primero de los presidentes, el hombre que había adoptado como nombre propio el nombre de la nación y de su patrona como si quisiera convertirse él mismo en símbolo antes de ser persona. Los informes que Ferdinand había leído durante el viaje describían un país inestable, con una deuda enorme heredada de la guerra de independencia, con regiones que obedecían al gobierno central más por conveniencia que por convicción y con una Iglesia que había perdido parte de su poder político pero no había perdido su capacidad de influir en todo lo que importaba.

Lo que los informes no describían era el color. Las casas de Veracruz pintadas en amarillo y azul y terracota, desteñidas por el sol y la humedad hasta alcanzar esa paleta particular que no existe en ningún otro lugar porque es el resultado específico de ese clima sobre esos materiales en ese tiempo. Las buganvillas derramándose sobre las bardas con una generosidad que a Ferdinand le pareció casi irresponsable, como si la vegetación en ese país no hubiera aprendido la moderación que el clima nórdico impone como condición de supervivencia. Los vendedores en el mercado con sus voces entrelazadas en ese español acelerado y lleno de vocablos que Ferdinand había estudiado en los libros pero que al oírlo en la boca de personas reales sonaba completamente diferente a como sonaba en los libros.

Tenía intérprete. Un joven funcionario del ministerio de relaciones exteriores que hablaba un ruso rudimentario aprendido de manuales y que compensaba sus limitaciones lingüísticas con una disposición entusiasta que Ferdinand encontró inicialmente irritante y con el tiempo aprendió a apreciar. Se llamaba Ignacio y tenía la costumbre de explicar las cosas dos veces: una en ruso aproximado y otra en español con gestos, como si la combinación de los dos métodos garantizara la comprensión que ninguno de los dos por separado podía asegurar. Ferdinand le tenía paciencia. Los exploradores aprenden paciencia antes que cualquier otra cosa.

El viaje a la Ciudad de México duró varios días. El camino ascendía desde el trópico húmedo de la costa hacia el altiplano seco con una variación de paisaje que Ferdinand anotó en su diario con la minuciosidad del geógrafo: la selva baja que cedía gradualmente a bosques de encino y pino, el aire que se adelgazaba y enfriaba a medida que ganaban altura, las poblaciones que iban cambiando de carácter a medida que se alejaban del puerto y se acercaban a la capital. Observaba

todo. Era su método y era también, sospechaba, su defensa: mientras uno observa con suficiente atención no hay espacio para la incomodidad de sentirse extranjero.

La Ciudad de México lo impresionó de una manera que no había anticipado. No era una ciudad pequeña ni provinciana: era una capital con pretensiones imperiales heredadas de la colonia, con palacios e iglesias y un trazo urbano que tenía la geometría de las ciudades que fueron construidas para durar. Pero sobre ese trazo colonial se estaba superponiendo algo nuevo y todavía informe: los signos de una república que aún no sabía bien cómo verse a sí misma, que alternaba entre el simbolismo indígena y el vocabulario político importado de la Revolución Francesa como si todavía estuviera probando distintos trajes antes de decidir cuál le quedaba mejor.

Las reuniones diplomáticas comenzaron al tercer día. Ferdinand fue recibido en el Palacio Nacional con la cortesía que correspondía a un representante del Imperio Ruso, que era una potencia lo suficientemente lejana como para no ser percibida como amenaza y lo suficientemente grande como para merecer respeto. El presidente Guadalupe Victoria era un hombre de unos cuarenta años, de complexión robusta y modales directos que contrastaban con la ceremonia del entorno. Había sido guerrillero antes de ser presidente, había pasado años escondido en la selva huyendo de las tropas realistas, y tenía esa mirada particular de los hombres que han sobrevivido situaciones en que la supervivencia no estaba garantizada: atenta, evaluadora, sin concesiones innecesarias a la cortesía cuando la cortesía interferiría con la claridad.

Hablaron a través de intérpretes sobre comercio, sobre las rutas del Pacífico Norte, sobre los intereses rusos en Alaska y la posición mexicana respecto a los límites septentrionales del territorio nacional, que en ese momento eran más una aspiración que una realidad verificable. Ferdinand cumplió sus instrucciones con la eficiencia del profesional: planteó lo que había que plantear, escuchó lo que había que escuchar, tomó nota de lo que sería relevante para el informe que enviaría a San Petersburgo. Pero una parte de su atención estaba, como siempre, en los márgenes de la situación oficial.

Observaba a los hombres que rodeaban al presidente. Observaba cómo se relacionaban entre ellos, qué señales intercambiaban, qué forma tenía el poder en ese país que llevaba apenas tres años intentando organizarlo. Y notó algo que reconoció, aunque estuviera expresado en un idioma diferente y en un contexto radicalmente distinto: había entre ciertos hombres de ese entorno una familiaridad que excedía lo que el cargo o la amistad ordinaria podían explicar. Una forma de tratarse que implicaba un nivel de confianza construido en otro espacio, en otro contexto, bajo otras reglas. Ferdinand no necesitó que nadie se lo explicara. Había visto esa misma familiaridad en San Petersburgo, en reuniones nocturnas en casas privadas donde el rango quedaba en la puerta y los hombres se encontraban en un plano diferente.

México, pensó, era un país que también guardaba sus conversaciones más importantes para otros lugares que los oficiales.

En los días que siguieron a las reuniones formales hubo cenas, recepciones, recorridos por la ciudad organizados por el ministerio con la intención de mostrar al

visitante lo mejor de la capital. Ferdinand asistió a todo con la cortesía que la situación requería y la distancia interior del observador que nunca confunde el escenario con la realidad. Pero algo en ese país estaba haciendo efecto en él de una manera que le costaba definir. No era el calor, al que se había adaptado con más rapidez de lo esperado. No era la comida, que lo había derrotado en los primeros días con una contundencia que sus anfitriones atribuían con disimulada satisfacción al picante y que Ferdinand atribuía a su propio exceso de entusiasmo gastronómico. Era algo más difuso y más persistente: la sensación de estar en un lugar donde todo estaba todavía por definirse, donde el futuro no había cerrado todavía ninguna de sus puertas, donde la historia estaba ocurriendo en tiempo presente con una intensidad que en Europa, con sus siglos de sedimento, era más difícil de percibir.

Al cabo de varios días en la capital, el presidente Guadalupe Victoria le asignó escolta para el viaje final a Veracruz, donde Ferdinand completaría los aspectos comerciales de su misión antes de embarcar de regreso. El oficial designado era un coronel de caballería llamado Francisco García Conde, oriundo de Xalapa, hombre de unos cincuenta años con el porte de los militares que han hecho su carrera en el campo y no en los despachos. Tenía bigote cano, manos grandes y la costumbre de hablar poco pero decir algo cada vez que abría la boca, que era una combinación que Ferdinand apreciaba en cualquier idioma.

Se conocieron en el patio del Palacio Nacional una mañana temprana, mientras los mozos cargaban el equipaje en las mulas y el séquito de Ferdinand se organizaba con esa mezcla de urgencia y confusión que caracteriza las partidas de cualquier caravana en cualquier época. El coronel se presentó con una formalidad breve y eficiente, evaluó al ruso con la mirada rápida del militar acostumbrado a clasificar personas en segundos, y debió quedar satisfecho con lo que vio porque el gesto con que señaló el camino tenía la confianza de quien no está preocupado por la compañía que le ha tocado.

—El camino más corto va directo a Veracruz —dijo el coronel, a través del intérprete—. Pero el mejor camino pasa por Xalapa.

Ferdinand preguntó la diferencia.

—Un día más —dijo el coronel—. Y una cama decente. Y la mejor cocina del estado.

Ferdinand pensó en las posadas de los últimos días y en su estómago, que todavía no había terminado de reconciliarse con la cocina mexicana pero que tampoco había perdido la esperanza.

—Vamos por Xalapa —dijo.

No sabía que esa decisión, tomada por razones enteramente prácticas en un patio lleno de mulas y equipaje una mañana cualquiera de 1824, cambiaría todo lo que vendría después. Así funciona la historia: sus momentos decisivos no anuncian su importancia. Llegan disfrazados de comodidad, de conveniencia, de una cama decente y la promesa de buena cocina en una ciudad que el visitante no tenía ninguna razón particular para conocer.

El coronel García Conde dio la orden de partida. La caravana se puso en movimiento hacia el este, hacia las montañas, hacia el descenso al trópico, hacia Xalapa.

CAPÍTULO 4

El camino a Xalapa

El coronel Francisco García Conde era de esos hombres que se explican mejor en movimiento que en reposo. Sentado en una silla de un despacho o de pie en la rigidez de una ceremonia oficial, tenía el aspecto ligeramente incómodo del animal doméstico que recuerda que no siempre fue doméstico. Pero a caballo, con el camino abierto delante y el aire de la mañana todavía fresco antes de que el sol subiera a su posición de combate, era otra cosa: era un hombre en su elemento, con esa soltura específica del jinete que ha pasado más horas de su vida en la silla que en cualquier otro lugar y que ya no distingue entre su propio ritmo y el del animal.

Ferdinand lo observó durante la primera hora de camino con la atención discreta que dedicaba a todo lo que quería entender. El coronel mandaba su pequeña caravana con una economía de gestos que Ferdinand respetó de inmediato: una mano levantada para detener, un movimiento de cabeza para indicar dirección, una palabra breve para los soldados de escolta que no necesitaba repetirse porque la primera vez ya era suficiente. No era el autoritarismo del oficial que necesita demostrar su rango. Era la autoridad del hombre que sabe lo que hace y no necesita convencer a nadie de que lo sabe.

Salieron de la Ciudad de México cuando el cielo todavía tenía ese color entre azul y gris que precede al amanecer completo y que Ferdinand había visto en tantos lugares del mundo que ya no lo asociaba con ninguno en particular sino con la sensación específica de los inicios: el momento en que todo lo que va a ocurrir ese día todavía no ha ocurrido y la jornada es todavía una posibilidad abierta. Llevaban cuatro soldados de escolta, el intérprete Ignacio, dos mozos para el equipaje y un cocinero que el coronel había insistido en incluir con el argumento de que el camino a Veracruz tenía posadas suficientes pero cocina insuficiente, argumento que Ferdinand, con su estómago todavía en proceso de negociación con la gastronomía local, no tuvo ninguna dificultad en aceptar.

El altiplano central de México en aquellos años era un paisaje de una austeridad que Ferdinand encontró, contra toda expectativa, familiar. No se parecía al Ártico en nada que pudiera describirse con precisión: era seco donde el Ártico era helado, marrón y ocre donde el Ártico era blanco y gris, y tenía una luz vertical y contundente que no tenía nada que ver con la luz oblicua y casi horizontal del norte. Pero compartían algo más difícil de nombrar: la sensación de estar en un lugar donde la naturaleza no ha hecho concesiones a la comodidad humana, donde el paisaje existe en sus propios términos y el hombre es el visitante, no el dueño. Ferdinand se sentía cómodo en esos lugares. Siempre lo había estado.

Durante las primeras horas el coronel y él intercambiaron pocas palabras, mediadas siempre por el intérprete Ignacio con su ruso aproximado y sus gestos

complementarios. Pero el silencio compartido tiene su propia calidad de comunicación, y Ferdinand fue notando que el coronel era el tipo de hombre con quien el silencio resulta cómodo, lo cual es una forma bastante precisa de saber si alguien vale la pena. Los hombres que no toleran el silencio generalmente tienen algo que ocultar, ya sea ignorancia o ansiedad, y llenan el espacio con palabras para que nadie tenga tiempo de notarlo. El coronel García Conde no necesitaba llenar nada.

Fue al mediodía, durante la pausa para descansar los caballos y comer algo que el cocinero preparó con una rapidez sorprendente sobre un pequeño fogón portátil, cuando el coronel empezó a hablar de Xalapa. No lo hizo con el entusiasmo del promotor ni con la nostalgia del emigrado: lo hizo con la precisión del hombre que describe un lugar que conoce bien y que confía en que los hechos solos son suficiente argumento.

—Xalapa está a mitad del camino entre la capital y el puerto —dijo, esperando a que Ignacio tradujera antes de continuar—. En todos los sentidos. El clima no es el de arriba ni el de abajo. El carácter de la gente tampoco. Los xalapeños tenemos la costumbre de ver pasar el mundo porque el mundo siempre ha pasado por ahí.

Ferdinand preguntó por qué.

—Porque es el único camino —dijo el coronel, con una sencillez que era también un orgullo—. Todo lo que entra o sale de México por Veracruz pasa por Xalapa. Las mercancías, los virreyes, los ejércitos, las ideas. Durante trescientos años así fue. Y lo que pasa por un lugar deja algo. Xalapa tiene mucho de todo lo que ha pasado por ella.

Le habló de la ciudad con la cadencia del que ha contado esa historia antes pero no la ha contado nunca con aburrimiento: el cerro de Macuiltépetl que se veía desde cualquier punto de la ciudad como un guardián sin pretensiones, las nieblas de la tarde que llegaban del Golfo y convertían las calles en algo que a los viajeros les costaba describir sin recurrir a adjetivos que normalmente reservaban para otras cosas, la huerta de café que rodeaba la villa y que le daba ese olor particular que era ya, en 1824, parte de la identidad sensorial de la ciudad tanto como sus iglesias o sus mercados.

—Mi casa está en el barrio de Xallitic —dijo el coronel—. Es una casa vieja. Mi familia lleva más de cien años en Xalapa. Si el barón no tiene inconveniente en la antigüedad de los muebles, tendrá una cama mejor que cualquier posada del camino y una cocina que le quitará los malos recuerdos de lo que haya comido en la capital.

Ferdinand aceptó sin deliberar demasiado. La oferta era razonable en términos prácticos y el coronel la había hecho con la naturalidad de quien no ofrece nada que no pueda cumplir, que era el tipo de oferta que Ferdinand había aprendido a aceptar sin el exceso de cortesía que habría requerido rechazarla.

La tarde cambió el paisaje de una manera que Ferdinand no había anticipado. Comenzaron a descender. No de golpe sino gradualmente, siguiendo un camino que serpenteaba entre cerros cubiertos de vegetación que se iba haciendo más densa y más verde a medida que perdían altura. El aire cambió: primero la

temperatura, que bajó ligeramente a pesar de que el sol seguía alto, y luego la humedad, que aumentó de una manera que no era desagradable sino todo lo contrario, como si el aire estuviera incorporando algo que antes le faltaba. Los olores cambiaron también: a la sequedad polvorienta del altiplano le fue sucediendo algo más complejo, más vivo, que Ferdinand intentó describir en su diario esa noche y que terminó anotando simplemente como el olor de la tierra cuando la tierra tiene suficiente agua.

Llegaron a Xalapa cuando el sol estaba ya bajo y la niebla había empezado a bajar de las laderas del Macuiltépetl con esa lentitud deliberada que tiene en esa ciudad, como si no tuviera prisa porque sabe que llegará de todas formas. Las calles de la villa estaban todavía activas a esa hora: mujeres con canastas, hombres que regresaban de las huertas, niños que jugaban en los atrios de las iglesias con esa indiferencia al atardecer que tienen los niños que no saben todavía que el día se acaba. La noticia de la llegada del diplomático ruso había precedido a la caravana, según le explicó Ignacio con visible satisfacción, como si la velocidad con que circulaba la información en una ciudad pequeña fuera un mérito propio.

Ferdinand miraba desde su caballo con la atención del explorador que llega a un territorio nuevo, catalogando detalles con la misma meticulosidad con que había catalogado cabos y bahías en el Ártico. Las casas de adobe pintadas en colores que el atardecer volvía más intensos. Las buganvillas sobre las bardas, imposiblemente rojas y fucsias contra el verde oscuro de los árboles. El pavimento irregular de las calles principales que los cascos de los caballos golpeaban con un sonido diferente al de la tierra del camino, más duro, más definitivo, como diciendo: aquí empieza otro lugar.

La casa del coronel estaba en el barrio de Xallitic, en una calle estrecha que olía a jazmín y a madera vieja. Era efectivamente antigua: los muros gruesos de adobe, los techos altos, el patio interior con una fuente que sonaba en el silencio de la tarde como si llevara sonando desde siempre y no tuviera ninguna intención de detenerse. Era el tipo de casa que en Europa habría sido considerada modesta y que en ese contexto era exactamente lo que el coronel había prometido: sólida, limpia, con la dignidad tranquila de las cosas que han durado porque fueron construidas bien.

Ferdinand dejó el equipaje en manos de los mozos y entró al patio siguiendo al coronel. Y fue entonces, en ese patio con su fuente y su jazmín y su luz de atardecer filtrándose entre las plantas, cuando vio por primera vez a Alicia García Conde.

Tenía dieciséis años y estaba de pie junto a la fuente con una regadera en la mano, regando unas macetas con la concentración de quien hace algo por costumbre pero no por inercia. Era delgada, de una delgadez que no era fragilidad sino precisión, como si su cuerpo hubiera sido construido con exactamente los materiales necesarios y ninguno más. Llevaba el pelo oscuro recogido de una manera que dejaba libre el cuello, y cuando levantó la vista al escuchar los pasos en el patio Ferdinand vio unos ojos que tenían esa cualidad particular que es casi imposible describir sin recurrir a comparaciones inexactas: ojos que miraban de frente, sin el disimulo que las convenciones de la época prescribían a las mujeres jóvenes, con una curiosidad directa que no era atrevimiento sino simplemente la mirada de alguien que quiere ver bien lo que tiene delante.

El coronel la presentó: su sobrina Alicia, hija de su difunto hermano, que vivía bajo su techo desde que quedó huérfana a los diez años. Alicia hizo la reverencia que correspondía con una gracia que no parecía ensayada. Ferdinand inclinó la cabeza con la formalidad del protocolo.

No se dijeron nada más en ese primer momento. No hacía falta. Ferdinand entró a la casa pensando en la cena y en el informe que tendría que redactar antes de llegar a Veracruz, y Alicia volvió a sus macetas. Pero algo en ese patio había cambiado de lugar de una manera imperceptible, como cambia el equilibrio de una balanza cuando se agrega un peso pequeño en uno de los platillos: no suficiente para volcarla, suficiente para que ya no sea exactamente lo que era antes.

Esa noche Ferdinand comió bien por primera vez desde que había llegado a México, y anotó en su diario que Xalapa era, efectivamente, tal como el coronel la había descrito.

No anotó nada más.

CAPÍTULO 5

La casa de Xallitic

El primer día transcurrió con la normalidad de los días que todavía no saben lo que van a ser.

El coronel García Conde tenía asuntos militares que atender con el destacamento local y salió temprano, dejando a Ferdinand con el intérprete Ignacio y con la casa, que era lo suficientemente interesante como para ocupar varias horas de exploración atenta. Ferdinand tenía esa costumbre del explorador que no distingue entre los territorios grandes y los pequeños: le dedicaba a un patio con fuente la misma calidad de atención que a una costa ártica, con la convicción de que todo lugar tiene algo que decir si uno sabe escuchar. Recorrió las habitaciones, examinó los muebles, estudió las pinturas religiosas colgadas en las paredes con la curiosidad del protestante que nunca termina de entender del todo la estética católica pero que reconoce en ella una coherencia interna que merece respeto.

Alicia apareció a media mañana con una bandeja de frutas y una jarra de agua fresca. La dejó sobre la mesa del comedor con una eficiencia silenciosa y se disponía a retirarse cuando Ferdinand, que estaba examinando un mapa enmarcado en la pared y que era el único elemento de la decoración que le resultaba completamente familiar, preguntó algo en su español rudimentario. No era una pregunta importante: quería saber el nombre del volcán que aparecía en el mapa con sus nieves perpetuas al fondo del paisaje veracruzano.

Alicia se detuvo.

—El Pico de Orizaba —dijo—. También lo llaman Citlaltépetl. Que en lengua náhuatl significa cerro de la estrella.

Ferdinand repitió las dos palabras con la concentración del lingüista aficionado que siempre había sido, forzando su boca a una pronunciación que evidentemente no era la correcta pero que era honesta en su esfuerzo.

—Citlaltépetl —repitió Alicia, más despacio, separando las sílabas con una paciencia que no era condescendencia sino algo más parecido a la curiosidad de ver si el extranjero podía lograrlo.

Ferdinand lo intentó de nuevo. Mejor, aunque todavía lejos. Alicia sonrió. No la sonrisa de cortesía que una muchacha de su época y su posición habría ofrecido a un huésped de su tío, sino algo más genuino y más breve, el tipo de sonrisa que se escapa antes de que uno decida si es apropiado sonreír.

Así comenzó la primera conversación real.

Ignacio, que estaba en el patio con uno de los mozos, fue llamado para hacer de puente entre los dos idiomas, aunque su presencia resultó menos necesaria de lo que Ferdinand habría esperado. Alicia tenía un inglés básico aprendido de una vieja gramática que el padre Talamantes le había prestado años atrás con la teoría de que el inglés sería el idioma del futuro en América, teoría que Alicia había tomado en serio con esa disposición suya para tomar en serio las cosas que le parecían útiles. No era un inglés fluido ni correcto, pero era suficiente para construir frases simples y, lo que importaba más, para entender más de lo que podía expresar.

Hablaron del volcán. Hablaron del mapa y de los países que aparecían en él con los nombres que les había dado la conquista española. Hablaron del café, que Alicia le sirvió con la seriedad de quien presenta algo que merece ser apreciado correctamente, y que Ferdinand encontró extraordinariamente bueno y diferente a todo lo que había tomado antes: más oscuro, más denso, con un amargor que no era desagradable sino todo lo contrario, como si el sabor amargo fuera en ese caso la forma que tenía el placer de presentarse.

El coronel regresó para el mediodía. La conversación se interrumpió con la naturalidad de las cosas que tienen un tiempo propio y que saben cuándo pausar. Pero Ferdinand notó, durante la comida que siguió, que Alicia escuchaba la traducción de sus palabras con más atención de la que habría sido estrictamente necesaria para una sobrina cortés en presencia del huésped de su tío.

El segundo día comenzó con un contratiempo.

Ferdinand se despertó antes del amanecer con un malestar abdominal que reconoció de inmediato como las consecuencias tardías de su entusiasmo gastronómico en la capital. No era grave. Era, sin embargo, lo suficientemente contundente como para hacer desaconsejable cualquier actividad que requiriera alejarse de la casa. El coronel, informado de la situación por el intérprete, lo manejó con el pragmatismo del militar ante el contratiempo inevitable: mandó llamar al médico del destacamento, reorganizó el plan de viaje para dar al huésped un día de reposo y salió a sus compromisos con la discreción del anfitrión que sabe que su presencia no agilizará la recuperación del enfermo.

Le encomendó a Alicia que atendiera al visitante.

Era una decisión razonable. Alicia era la persona de la casa con más disposición para ello, el médico del destacamento había dado instrucciones simples, y el coronel confiaba en el juicio de su sobrina con la confianza específica del hombre que ha observado a alguien crecer y sabe de lo que es capaz. Las dos sirvientas estaban

en la cocina preparando la comida. El intérprete Ignacio estaba disponible si se necesitaba traducción. Todo era perfectamente razonable.

Lo que el coronel no calculó, porque no había razón para calcularlo, era lo que hace el tiempo cuando dos personas quedan solas en una casa con un patio interior y una fuente que suena sin parar y el resto del mundo ocurrido afuera en sus propios asuntos.

Alicia llegó a la habitación de Ferdinand a media mañana con un caldo que las sirvientas habían preparado siguiendo instrucciones que ella misma había dado, y con una determinación tranquila que Ferdinand encontró, desde la incomodidad de su malestar, reconfortante. Había en la manera en que Alicia manejaba una situación práctica algo que Ferdinand reconoció como competencia real: no el nerviosismo de quien improvisa sino la seguridad de quien sabe lo que hace porque lo ha pensado antes de hacerlo.

Ferdinand estaba mejor para el mediodía. No completamente bien, pero suficientemente bien como para levantarse y sentarse en el patio, donde Alicia había puesto una silla a la sombra con la lógica impecable de que el sol de Xalapa no era lo que un convaleciente necesitaba aunque fuera un sol considerablemente más civilizado que el de Veracruz.

Se sentaron los dos en el patio. Ignacio estaba cerca pero no intervenía a menos que se le pidiera, con ese instinto del buen intérprete que sabe cuándo su presencia es útil y cuándo es un obstáculo. La fuente seguía sonando. Desde la cocina llegaba a intervalos el olor de las pepitas tostadas que las sirvientas estaban preparando para la piana del día siguiente.

—¿Cómo se llama la isla que descubrió? —preguntó Alicia. Recordaba lo del mapa de la tarde anterior, la conversación sobre los lugares que Ferdinand había recorrido, la mención casual de una isla que buscaba y que no había encontrado todavía.

Ferdinand la miró con una atención que ya no era la del explorador catalogando un territorio sino algo más difícil de clasificar.

—Todavía no tiene nombre —dijo—. Todavía no la he encontrado.

—Pero sabe que existe.

—Sé que existe.

—¿Cómo puede saber que existe algo que no ha visto?

Ferdinand pensó en cómo explicarlo. Pensó en los chukchi y sus descripciones, en los cálculos de posición, en la lógica de las corrientes y los vientos que señalaban hacia algo que debía estar ahí aunque los mapas todavía lo dejaran en blanco.

—Porque todo lo que rodea a ese lugar en blanco tiene una forma —dijo finalmente—. Y esa forma solo tiene sentido si hay algo en el centro.

Alicia consideró esto durante un momento con esa seriedad suya para las ideas que le parecían importantes.

—Como Dios —dijo.

Ferdinand no era un hombre religioso en el sentido convencional del término. Pero era un hombre que había pasado años en el Ártico mirando cielos que no tenían explicación suficiente y que había desarrollado, no una fe exactamente, sino un respeto profundo por las cosas que exceden la capacidad de medición de los instrumentos disponibles. La comparación de Alicia le pareció más precisa de lo que ella probablemente pretendía.

—Algo así —dijo.

Hablaron durante horas. No de manera continua ni de manera planificada: con las interrupciones naturales del patio, la llegada de la comida, los momentos en que Ferdinand necesitaba descansar y Alicia se retiraba a sus ocupaciones, y los momentos en que volvía con algún pretexto práctico que ninguno de los dos necesitaba examinar demasiado de cerca. Hablaron con el español rudimentario de Ferdinand y el inglés elemental de Alicia y los gestos y la paciencia mutua que hacen posible la comunicación entre personas que quieren entenderse aunque el idioma no los ayude del todo.

Alicia le contó sus sueños con la franqueza de quien no ha aprendido todavía que los sueños son cosas que se guardan: quería ver Europa, quería seguir estudiando piano más allá de lo que la vieja profesora jubilada podía enseñarle, quería una vida que fuera más grande que la villa aunque amara la villa y no pudiera imaginarse viviendo en otro lugar. Ferdinand escuchó sin la condescendencia del viajero ante la muchacha provinciana. Escuchó como escuchaba a los chukchi: con la atención del que sabe que lo que tiene delante sabe cosas que él no sabe.

Ferdinand le habló del hielo. De los inviernos árticos donde el sol desaparece durante semanas y los hombres aprenden a orientarse por las estrellas porque no hay otra referencia disponible. De los perros de trineo que conocen el camino cuando los hombres lo han perdido. De las noches en que el cielo del norte se ilumina de verde y azul y blanco con una violencia silenciosa que los marineros llaman aurora boreal y que los indígenas llaman con nombres que significan cosas que los marineros no saben traducir pero que suenan más exactos.

Alicia escuchaba con los ojos abiertos de la muchacha que ha vivido siempre en el mismo lugar y que está oyendo por primera vez que el mundo es más grande de lo que cualquier mapa puede mostrar. Y Ferdinand, mirándola escuchar, sintió algo que no había sentido en mucho tiempo o quizás nunca exactamente de esa manera: la satisfacción de ser escuchado no como el oficial que reporta a sus superiores ni como el explorador que da conferencias en las academias científicas, sino como un hombre que le cuenta a otra persona lo que ha visto porque quiere que esa persona lo vea también.

El coronel no regresó hasta la noche.

El tercer día llegó con la intención de ser el último. El malestar de Ferdinand había cedido lo suficiente como para reanudar el viaje, y el coronel había reorganizado los planes para partir al día siguiente temprano. Esa tarde, mientras los mozos preparaban el equipaje y el intérprete Ignacio redactaba notas de logística con su letra pequeña y cuidadosa, Ferdinand y Alicia tuvieron la última conversación en el patio.

No era una conversación diferente a las anteriores. Era la continuación natural de todo lo que se había dicho en los dos días previos, con la única diferencia de que ambos sabían, sin que nadie lo dijera, que era la última. Ese conocimiento le daba a las palabras una densidad diferente, no de despedida exactamente sino de algo más parecido a la conciencia súbita del valor de lo que está a punto de terminar, que es una conciencia que casi siempre llega tarde.

Lo que ocurrió después el profesor Ramírez Lavoignet me lo contó con la misma discreción con que probablemente lo había investigado: describiendo el contorno sin entrar en el centro, dejando que la imaginación del oyente completara lo que las palabras no necesitaban decir. Hay momentos en la historia humana que no requieren documentación porque se explican solos: dos personas jóvenes, solas en una casa antigua con una fuente que no para de sonar, en una tarde de Xalapa que se va convirtiendo en noche con esa lentitud tropical que parece diseñada para que nadie se dé cuenta exactamente cuándo ocurrió el cambio.

Aquí la historia calla, solía decir el profesor. Pero la razón puede hablar.

Y la razón dice que lo que pasó en esa casa del barrio de Xallitic aquella tarde no fue el resultado de un plan ni de una maniobra ni de ninguna de las estrategias que la narrativa romántica de la época prescribía para estos casos. Fue el resultado de dos soledades que se reconocieron: la del explorador que ha visto el mundo entero y que en esa pequeña ciudad de niebla y buganvillas encontró algo que el mundo entero no le había dado todavía, y la de la muchacha que ha vivido siempre en el mismo lugar y que en ese hombre llegado del norte encontró la prueba de que sus sueños no eran exagerados sino simplemente más grandes que el horizonte que tenía disponible.

No hubo promesas. Ferdinand no era el tipo de hombre que hace promesas que no puede cumplir, y la distancia entre Xalapa y San Petersburgo era una promesa imposible en 1824. No hubo tampoco el drama de la separación que las novelas de la época habrían exigido: Ferdinand partió al día siguiente con la caravana, a la hora convenida, con la misma puntualidad con que había cumplido todos los compromisos de su vida. Preguntó al coronel, antes de montar, por su sobrina. El coronel respondió que había amanecido indispuesta y que pedía que la disculparan.

Ferdinand montó. La caravana se puso en movimiento. Xalapa fue quedándose atrás entre la niebla de la mañana con esa manera que tienen las ciudades de desaparecer en el camino: primero los edificios más altos, luego las torres de las iglesias, finalmente el cerro del Macuiltépetl que se desdibujó entre las nubes hasta que Ferdinand dejó de distinguirlo del cielo.

Abrió su diario a la hora del mediodía, con la intención de anotar las observaciones del día. Estuvo un momento con la pluma sobre el papel. Cerró el diario.

Esa tarde llegaron a Veracruz.

CAPÍTULO 6

Lo que dejó el invierno

El tiempo en Xalapa tiene una manera particular de moverse que los xalapeños conocen y los visitantes tardan en entender. No avanza con la uniformidad del reloj ni con la urgencia de las ciudades grandes. Avanza como la niebla: por capas, con pausas, con la costumbre de volver sobre lo que parecía ya pasado. Los días de enero se parecen a los de febrero, y los de febrero a los de marzo, y la diferencia entre ellos está en detalles que solo quien los vive de cerca sabe leer: el ángulo de la luz a cierta hora de la tarde, la temperatura del aire en las madrugadas, el momento en que las buganvillas del patio empiezan a soltar sus flores sobre el empedrado como si hubieran decidido que ya era suficiente.

Alicia García Conde aprendió a leer esos detalles con una atención nueva en los meses que siguieron a la partida de Ferdinand. No porque el tiempo le importara más que antes sino porque el tiempo era lo único que podía medir con certeza mientras todo lo demás permanecía en una incertidumbre que al principio era manejable y que fue volviéndose menos manejable a medida que las semanas pasaban y el cuerpo le decía cosas que ella no estaba lista para escuchar.

Lo supo a finales de febrero. No con la certeza documentada del médico sino con esa certeza anterior y más profunda que tiene el cuerpo cuando sabe algo que la mente todavía no ha aceptado del todo. Pasó varios días en esa zona intermedia entre saber y no querer saber, haciendo sus actividades habituales con una normalidad que le costaba cada vez más sostener, respondiendo las preguntas de su nana Benita con monosílabos que la nana aceptó sin insistir porque llevaba suficientes años en esa casa como para saber cuándo una pregunta tiene respuesta y cuándo lo que necesita la persona enfrente no es una pregunta sino silencio y tiempo.

El tiempo pasó. La certeza se hizo imposible de ignorar.

Alicia era una muchacha de dieciséis años que había perdido a sus padres a los diez, que había crecido bajo el techo de un tío que la quería con la torpeza de los hombres que quieren bien pero no saben demostrar el cariño con palabras, y que había desarrollado en esa soledad particular la costumbre de resolver sus problemas sola antes de recurrir a nadie. Esa costumbre la sirvió bien en muchas cosas. En esto no le servía de nada.

Acudió al padre Talamantes. No porque fuera su primera opción sino porque era la única que tenía: un confesor criollo que llevaba años escuchando las cuitas de la villa con la paciencia resignada del hombre que ha escuchado tantas versiones de las mismas historias que ya no lo sorprende ninguna versión nueva. El padre Talamantes era un hombre de unos cincuenta años, de complexión robusta y modales directos que su hábito franciscano no terminaba de suavizar del todo. Tenía la virtud, poco común entre los sacerdotes de su época, de escuchar sin interrumpir. Y la virtud, todavía menos común, de dar consejos que tomaban en cuenta la realidad de la situación antes que la perfección del ideal.

Escuchó a Alicia en el confesionario con la misma atención con que la había escuchado en confesiones anteriores, aunque esta confesión no se parecía a ninguna anterior. Cuando Alicia terminó, el padre guardó silencio durante un momento que a ella le pareció muy largo y que probablemente fue muy corto.

—¿El coronel sabe? —preguntó.

—No.

—Hay que decirle.

—Lo sé.

—¿Puedes hacerlo sola?

Alicia pensó en su tío, en su bigote cano y sus manos grandes y su costumbre de hablar poco y hacer mucho, y en la cara que pondría cuando escuchara lo que tenía que escuchar.

—No —dijo.

—Entonces te acompaño.

La conversación con el coronel García Conde ocurrió una tarde de abril en la sala de la casa de Xallitic, con el padre Talamantes sentado en la silla de los visitantes y Alicia de pie junto a la ventana que daba al patio, mirando la fuente para no tener que mirar la cara de su tío mientras el padre hablaba. El coronel escuchó todo sin interrumpir. Era su costumbre. Cuando el padre terminó, el coronel permaneció en silencio durante un tiempo que nadie intentó llenar.

Luego se levantó, fue a la ventana, se quedó mirando el patio con las manos cruzadas a la espalda y dijo, sin voltearse:

—¿Ella está bien?

El padre respondió que sí.

—Entonces lo demás tiene solución.

No era la reacción que Alicia había temido. No era tampoco la que había esperado, porque no había sido capaz de esperar nada, solo de temer. El coronel se volvió, la miró con esa mirada suya que evaluaba sin juzgar, y dijo:

—Nadie en esta casa ha cometido ninguna deshonra. Ha ocurrido lo que ha ocurrido y lo que ha ocurrido tiene consecuencias que vamos a manejar como lo que somos. ¿Entendido?

Alicia asintió.

—Bien —dijo el coronel. Y no volvió a hablar del tema esa tarde.

Lo que el coronel no esperaba, y que Alicia le comunicó unos días después con una firmeza que él no supo de dónde había sacado, era que ella quería que su hijo llevara el apellido del padre. No el apellido de los García Conde, que habría sido la solución más sencilla y la que menos preguntas habría generado en la villa. El apellido del barón. Wrangel.

El coronel consideró esto durante varios días. Era un problema práctico además de sentimental: Wrangel era un apellido extranjero, difícil de pronunciar y más difícil de escribir para los registros de una parroquia veracruzana, y pertenecía a un hombre que estaba al otro lado del mundo y que probablemente nunca volvería. Pero Alicia no cedió. Tenía sus razones, que no explicó completamente a su tío y que quizás no se explicó completamente a sí misma, pero que tenían que ver con una convicción que se había instalado en ella con la misma solidez con que se instalan las cosas que se saben sin haber sido enseñadas: que ese hijo merecía saber de dónde venía, que negarle ese apellido sería negarle algo más que un nombre, y que

si Ferdinand von Wrangel estaba demasiado lejos para criarlo al menos podía darle eso.

El coronel cedió. Era un hombre que sabía cuándo las batallas se perdían antes de pelearse.

Mientras todo esto ocurría en Xalapa, Ferdinand von Wrangel había completado su misión en Veracruz y había embarcado de regreso. El mundo que lo esperaba era el de siempre: informes que redactar, superiores que informar, la siguiente misión que ya se perfilaba en los despachos del ministerio de San Petersburgo. Llevaba su diario con la fidelidad de siempre, anotando observaciones sobre el Atlántico y las costas que iba dejando atrás, los vientos y las corrientes y las temperaturas del agua en distintas latitudes. Si había algo que lo ocupara en las noches de guardia que no fuera el trabajo, no lo anotó. O lo anotó y luego lo tachó. O nunca llegó a convertirse en palabras.

No sabía nada. No sabía nada.

Esa asimetría, el profesor Ramírez Lavoignet la mencionó una sola vez en todas nuestras conversaciones, con una ecuanimidad que tardé en entender y que después me pareció la única actitud honesta posible frente a lo que no tiene remedio. Ferdinand no abandonó a Alicia. Ferdinand no sabía que había algo que pudiera abandonar. La historia no siempre distribuye la información de manera equitativa entre los que la protagonizan, y a veces la injusticia no está en las intenciones de nadie sino simplemente en la geografía y en el tiempo.

El hijo nació en septiembre. Alicia lo llamó Juan, o intentó llamarlo Iván, que era el nombre que Ferdinand había mencionado casi de pasada en aquellas conversaciones del patio como el nombre que le habría gustado poner a un hijo: Iván Piotr, había dicho, que sonaba a las dos personas a las que más había querido en su familia. Alicia lo había guardado en algún lugar de su memoria donde guardaba las cosas que le parecían importantes sin saber todavía para qué.

El padre Talamantes recibió a Alicia y al recién nacido en la sacristía de la parroquia del Beaterio con la disposición práctica del hombre que ya ha asimilado la situación y está listo para proceder. Pero cuando Alicia dijo el nombre que quería asentar, el padre frunció el ceño con una expresión que mezclaba la convicción teológica con la incomodidad burocrática.

—Iván no es nombre cristiano —dijo.

—Iván es Juan en ruso —dijo Alicia—. Juan el Bautista. Juan el Evangelista. No puede haber nombre más cristiano.

El padre reconoció la lógica pero no la aceptó del todo.

—En este registro se asienta Juan —dijo—. Que es el nombre en la lengua en que esta Iglesia oficia.

Alicia no discutió. Había aprendido de su tío cuándo una batalla estaba perdida antes de pelearse.

El problema del apellido resultó más complejo. Alicia insistió en Wrangel. El padre Talamantes miró el nombre escrito en el papel que Alicia le había traído, lo consideró desde varios ángulos y llegó a la conclusión, que expresó con la autoridad de quien

ha tomado una decisión administrativa y no admite revisión, de que ese apellido no podía asentarse como estaba escrito porque la doble ve inicial no correspondía a ningún sonido del español y porque fonéticamente el apellido sonaba con toda claridad como Rangel, que además era un apellido con abolengo documentado en la provincia de Extremadura en España, donde existía incluso una casa señorial con ese nombre en Badajoz.

—Wrangel y Rangel —dijo el padre, con la satisfacción del que ha resuelto un problema difícil por el procedimiento de eliminarlo—, suenan igual. El niño tendrá el apellido de su padre. Solo que escrito correctamente.

Alicia miró al padre durante un momento largo. Luego miró al niño que tenía en brazos, dormido con esa indiferencia absoluta que tienen los recién nacidos ante las disputas de los adultos.

Aceptó.

Juan Rangel García fue el nombre que quedó asentado en el registro de la parroquia del Beaterio de Xalapa en septiembre de 1824. Hijo de Ferdinand Petróvich Rangel, extranjero no radicado en el país, y de Alicia García Conde, natural de Xalapa. El padre Talamantes hizo la anotación con su letra cuidadosa y tintó su pluma una vez más para agregar, en el margen, la fecha del bautismo.

Afuera, en la plaza, Xalapa seguía con sus asuntos: el mercado, las campanas de la tarde, los niños en el atrio, la niebla bajando del Macuiltépetl con su puntualidad de siempre. Nadie supo ese día que acababa de ocurrir algo que duraría siglos. Así ocurren siempre las cosas que duran: sin anuncio, sin testigos que lo sean conscientemente, en el margen de un registro parroquial donde un cura con buenas intenciones simplificó un apellido extranjero y sin saberlo fundó un linaje.

Alicia salió de la sacristía con su hijo en brazos y caminó hacia la casa de Xallitic bajo la niebla de la tarde. La fuente del patio la escuchó llegar, como siempre. Como si no hubiera pasado nada. Como si todo hubiera pasado.

TERCERA PARTE

LA ESTIRPE

CAPÍTULO 7

Juan y la reliquia

Hay una forma de crecer que solo ocurre cuando no hay nadie que te proteja del todo. No es el crecimiento del niño que tiene padre y madre y la red de seguridad que forman los adultos que lo rodean con sus certezas y sus reglas y su disposición a resolver lo que él todavía no puede resolver solo. Es otro tipo de crecimiento, más áspero y más rápido, que ocurre cuando la vida decide no esperar a que estés listo y te pone delante las preguntas antes de que hayas aprendido las respuestas. Juan Rangel García creció así.

Tenía cinco años cuando murió su madre.

Alicia García Conde se fue de la misma manera en que había vivido los últimos años de su vida: discretamente, sin hacer más ruido del necesario, con ese corazón frágil que le había dado problemas desde la infancia y que finalmente decidió no seguir intentándolo una mañana de primavera en que Juan estaba en el patio jugando con un trompo que su tío abuelo el coronel le había traído de la Ciudad de México. La nana Benita fue quien le dio la noticia con la sencillez dolorosa con que se les dan las noticias irreversibles a los niños pequeños: tu mamá se fue al cielo, Juanito. Ya no va a estar aquí pero te va a cuidar desde allá.

Juan no lloró de inmediato. Los niños pequeños a veces tardan en llorar porque primero necesitan entender, y entender tarda más que las lágrimas. Lloró esa noche, solo en su cuarto, con la nana Benita sentada en la orilla de la cama sin decir nada porque había aprendido en sus muchos años de vida que hay dolores que no se consuelan con palabras sino con presencia.

El coronel Francisco García Conde asumió la manutención del niño con la misma resignada responsabilidad con que había asumido todo lo relacionado con su sobrina desde la noche en que ella le confesó su embarazo. No era un hombre demostrativo. No sabía sentarse en el suelo a jugar con un niño ni tenía el vocabulario de la ternura que los niños pequeños necesitan escuchar. Pero era un hombre de honor en el sentido más concreto del término: cumplía lo que había prometido, pagaba lo que debía, no abandonaba a los que dependían de él. Juan tuvo ropa, comida, techo y educación. Tuvo también, en la medida en que el coronel podía dársela, algo parecido al afecto, expresado en la única manera que el coronel sabía expresarlo: en los objetos que traía de sus viajes, en la atención con que escuchaba al niño cuando este le hablaba, en la costumbre de llevarlo consigo cuando inspeccionaba el destacamento los domingos por la mañana, tratándolo con la seriedad de un acompañante real y no con la condescendencia de quien lleva un niño de paseo.

La nana Benita era otra cosa. Benita había entrado al servicio de la familia García Conde siendo ella misma una muchacha joven, había visto crecer a Alicia desde que esta tenía dos años, había sido su confidente y su cómplice y su segunda madre mucho antes de que los padres de Alicia murieran en el camino a Perote. Conocía todos los secretos de la casa con la intimidad de quien ha limpiado sus rincones durante décadas. Y guardaba uno en particular con el cuidado de quien sabe que lo que tiene en las manos es frágil y valioso y no le pertenece sino que está bajo su custodia temporal.

Antes de morir, Alicia le había pedido dos cosas. La primera era que cuidara a Juan. La segunda era que le contara la verdad cuando tuviera edad para entenderla, y que le entregara el recorte de periódico que guardaba doblado en cuatro entre las páginas de su devocionario: una hoja amarillenta de un periódico norteamericano con la noticia del nombramiento de Ferdinand Petrovich Wrangel como gobernador de las colonias rusas en América, con una pequeña ilustración grabada en madera que pretendía ser un retrato del funcionario nombrado y que Alicia había recortado con unas tijeras pequeñas con la precisión de quien recorta algo que quiere conservar indefinidamente.

Benita guardó el recorte. Guardó también el secreto, que en una ciudad del tamaño de Xalapa era un esfuerzo considerable, porque en las ciudades pequeñas los secretos no desaparecen sino que se vuelven subterráneos: todo el mundo sabe o sospecha pero nadie dice, y esa suspensión del decir crea una atmósfera particular alrededor de las personas involucradas que los niños perciben sin poder nombrarla.

Juan la percibió. Creció sabiendo que había algo que no se decía, con esa intuición de los niños que han aprendido a leer los silencios de los adultos porque los silencios a menudo contienen más información que las palabras. No preguntó durante mucho tiempo. Esperó con la paciencia involuntaria de quien no sabe exactamente qué está esperando pero sabe que algo llegará cuando llegue el momento. Era un niño callado y observador, con los ojos oscuros de su madre y algo en la manera de sostener la mirada que la nana Benita reconocía como ajeno a la familia García Conde, aunque nunca lo dijo en voz alta.

Estudió en la escuela que el coronel le pagaba con la misma seriedad con que el coronel hacía todo: sin aspavientos, con resultados. Era buen estudiante no por devoción académica sino por esa curiosidad práctica del niño que quiere entender cómo funcionan las cosas, que hace preguntas que los maestros a veces no saben responder y que llena sus cuadernos con dibujos de máquinas y mapas además de las lecciones que se supone que debe copiar. El maestro que lo tuvo en los años de primaria le dijo al coronel, en una de las reuniones anuales que el coronel nunca faltaba aunque tuviera asuntos militares más urgentes, que Juan tenía una mente que necesitaba más de lo que la escuela del pueblo podía darle. El coronel asintió con la expresión de quien ya lo sabe pero aprecia que alguien más lo confirme.

Los años pasaron con la velocidad específica de la infancia, que parece lenta cuando se vive y rápida cuando se recuerda. Juan cumplió diez años, luego doce, luego quince. Xalapa creció con él: la villa que había tenido quince mil habitantes cuando Ferdinand von Wrangel pasó por ella en 1824 iba incorporando lentamente las transformaciones que el México independiente traía consigo, con la mezcla de entusiasmo y caos que caracteriza a los países que acaban de decidir ser libres y todavía no saben exactamente qué significa eso en la práctica cotidiana.

El coronel García Conde envejeció con la dignidad contenida de los militares de su generación: más despacio que los civiles, como si el hábito del rigor físico compensara el paso del tiempo, pero sin poder detenerlo del todo. Siguió en activo hasta que las circunstancias lo requirieron y un poco más allá, porque los hombres como él no saben retirarse sin una razón suficiente y siempre encuentran una razón para seguir. Cuando Juan tenía dieciocho años, el coronel tenía ya casi setenta y el país estaba en uno de sus períodos de convulsión que en México son tan frecuentes que casi podrían considerarse el estado normal de las cosas.

Los norteamericanos llegaron en 1847.

La guerra entre México y los Estados Unidos fue para el coronel García Conde lo que la guerra siempre es para los militares viejos que se han pasado la vida preparándose para ella y que cuando llega descubren que la preparación no elimina la brutalidad sino que simplemente te enseña a moverte dentro de ella con más eficiencia. El coronel peleó en la batalla de Cerro Gordo, ese paso de montaña entre Xalapa y Veracruz donde el general norteamericano Winfield Scott tendió una

emboscada al ejército mexicano comandado por Antonio López de Santa Anna con una eficiencia táctica que los libros de historia norteamericanos recordarían con admiración y que los libros de historia mexicanos recordarían con la ambigüedad reservada para los desastres que no tienen explicación satisfactoria.

El coronel Francisco García Conde murió en Cerro Gordo peleando por su país con la misma convicción con que había hecho todo lo demás en su vida. No dejó esposa ni hijos propios. Dejó a Juan Rangel García, de dieciocho años, heredero de la pequeña fortuna que décadas de trabajo honesto habían acumulado, y a la nana Benita, que tenía ya más de sesenta años y que recibió la noticia de la muerte del coronel con el dolor silencioso de quien ha sobrevivido ya demasiadas pérdidas para expresar cada una de ellas con la intensidad que merecería si fuera la primera. Fue entonces cuando Benita consideró que había llegado el momento.

No lo hizo de inmediato. Esperó unas semanas, hasta que el duelo más agudo pasó y Juan empezó a retomar el ritmo de sus días con esa resiliencia práctica que había desarrollado desde niño. Una tarde lo llamó a la sala, se sentó frente a él con las manos cruzadas sobre el regazo y la expresión de quien ha ensayado lo que va a decir pero sabe que ningún ensayo es suficiente preparación para ciertas conversaciones.

Le contó todo.

Le contó la historia del Barón von Wrangel y la misión diplomática de 1824. Le contó los días en la casa de Xallitic, el malestar del visitante, las conversaciones en el patio, lo que su madre le había contado en los últimos días antes de morir con esa franqueza que a veces da la proximidad de la muerte. Le habló de Alicia con el respeto de quien conoció a esa muchacha de dieciséis años no como una equivocación sino como una persona que amó con lo que tenía disponible y que protegió a su hijo con lo poco que le quedaba de tiempo. Y al final sacó el recorte de periódico del bolsillo de su delantal, donde lo había guardado esa mañana después de décadas de tenerlo en el devocionario, y lo puso sobre la mesa frente a Juan.

Juan lo tomó con las dos manos. Lo desplegó despacio, con cuidado, como si la fragilidad del papel fuera la fragilidad de algo más que el papel. Lo leyó en silencio, aunque su inglés era limitado y la mayor parte del texto le resultó oscuro. Miró el grabado en madera que pretendía ser un retrato: un hombre de rasgos europeos con uniforme militar y una expresión que los grabadores de la época tendían a hacer más solemne de lo que probablemente era en la realidad.

Estuvo un momento largo mirando ese papel sin decir nada.

—¿Por qué espera hasta ahora para contarme? —preguntó finalmente. No era un reproche. Era una pregunta real.

—Porque tu madre me pidió que esperara a que tuvieras edad para entender —dijo Benita—. Y porque el coronel vivía y era mejor que las cosas siguieran como estaban mientras él vivía.

Juan asintió despacio. Miró otra vez el grabado.

—¿Sabe dónde está ahora?

—En algún lugar de América del Norte —dijo Benita—. O en Rusia. No lo sé.

Juan dobló el recorte con el mismo cuidado con que lo había desdoblado y lo guardó en el bolsillo de su camisa, cerca del pecho, con el gesto instintivo de los que guardan las cosas que no quieren perder.

No mostró más sorpresa de la que mostró. La nana Benita lo observó con la atención de quien espera una reacción y no sabe bien cuál espera, y lo que vio la satisfizo sin que pudiera explicar del todo por qué: no era la indiferencia del que no le importa ni el drama del que no puede manejarlo. Era algo más parecido a la serenidad del que recibe una información que de alguna manera ya sabía, que encaja en un hueco que siempre había estado ahí aunque nunca hubiera tenido su forma exacta.

—Bien —dijo Juan. Y se levantó a terminar lo que estaba haciendo antes de que la nana lo llamara.

Guardó el recorte entre sus pertenencias como una reliquia, que era exactamente lo que era: el único rastro material de un hombre que había pasado tres días en Xalapa y había dejado sin saberlo algo que duraría mucho más que tres días. En los años que siguieron Juan consultó ese recorte en algunas ocasiones, no con la frecuencia de la obsesión sino con la periodicidad de quien revisa algo que quiere no olvidar. Aprendió a leer un poco más de inglés para entender mejor el texto. Supo así que Ferdinand von Wrangel era gobernador de Alaska, que había explorado las costas del Ártico, que había dado la vuelta al mundo. Supo que era un hombre que había hecho cosas grandes en lugares lejanos y que en algún momento, de paso entre un lugar lejano y otro, había pasado por Xalapa.

Lo que Juan no pudo saber, porque el recorte no lo decía y la nana Benita no lo sabía, era que Ferdinand von Wrangel tenía en ese momento una vida organizada y completa en San Petersburgo: se casaría en 1828 con Elisabeth Rossillon, tendría hijos con ella, construiría una carrera que lo llevaría hasta los puestos más altos de la Marina Imperial. Esa vida y la vida de Juan Rangel García en Xalapa corrían en paralelo en el mismo planeta sin ningún punto de contacto posible, como dos líneas que parten del mismo origen y se alejan en direcciones que nunca volverán a cruzarse.

Juan tenía dieciocho años, una herencia modesta y un recorte de periódico en el bolsillo. Tenía también, aunque no lo sabía todavía, una tendencia al amor que se expresaba con la misma intensidad y la misma falta de cautela con que se había expresado en su madre. Lo sabría pronto.

Rosario Guzmán era hija de una familia española avecindada en Xalapa desde antes de la independencia, con esa mezcla de orgullo peninsular y arraigo mexicano que tenían las familias que llevaban generaciones en el país sin haber terminado de decidir del todo a cuál de los dos mundos pertenecían. Era una muchacha de carácter firme y risa fácil que había conocido a Juan en el mercado y que desde el principio lo trató con una igualdad desenfadada que a Juan le pareció, después de años de crecer rodeado de la formalidad del coronel y el cuidado excesivo de la nana, extraordinariamente refrescante.

Se hicieron novios con la naturalidad de los jóvenes que todavía no han aprendido que el amor requiere estrategia. Se veían en el mercado, en los atrios de las iglesias

después de misa, en los paseos por los caminos que rodeaban la villa cuando la tarde lo permitía. Hablaban de todo con esa facilidad de la juventud que todavía no ha desarrollado el miedo a decir demasiado.

Una tarde de verano, en un paseo por los campos del viejo camino a Naolinco, la historia se repitió.

No con premeditación. No con estrategia. Con la misma lógica inevitable con que se había repetido en la casa de Xallitic veinte años antes: dos personas jóvenes, solas, en un lugar donde la tarde se convierte en noche con una lentitud que parece cómplice. Juan no era Ferdinand von Wrangel. Rosario no era Alicia García Conde. Pero había algo en la situación que tenía la misma estructura que la anterior, como si el linaje tuviera sus propios patrones que se reproducen sin que nadie los planifique.

Cuatro meses después, Juan Rangel García fue hallado muerto de una puñalada en el pecho en una calle de Xalapa. Nunca se identificó al responsable con certeza. Las circunstancias exactas quedaron en esa zona opaca donde la historia local guarda sus episodios más incómodos: todo el mundo tiene una versión, nadie tiene la prueba, y con el tiempo las versiones se mezclan hasta que es imposible saber cuál era la verdadera.

Rosario Guzmán supo esa misma semana que estaba embarazada.

El recorte de periódico quedó entre las pertenencias de Juan, que pasaron a manos de Rosario junto con la herencia que el coronel había dejado y que Juan no había tenido tiempo de dilapidar ni de multiplicar. Rosario lo guardó con el mismo cuidado con que Juan lo había guardado, sin saber bien por qué, con el instinto de quien reconoce que ciertas cosas deben preservarse aunque no pueda explicar todavía para qué.

Su hijo nacería en la primavera siguiente. Lo llamaría Francisco de Paula, en honor al santo del día de su nacimiento y en honor también, aunque esto no lo dijo en voz alta, a la villa de Paula en España de donde venía la familia de su madre: un nombre que miraba hacia atrás y hacia adelante al mismo tiempo, que era quizás la única manera honesta de nombrar a alguien que llega al mundo sin padre y con una historia que todavía no sabe que tiene.

La reliquia pasaría de mano en mano a lo largo de los años, de generación en generación, hasta llegar a las manos de un médico en un hospital de Xalapa que la leería por primera vez con la misma expresión que debió tener Juan Rangel García aquella tarde frente a la nana Benita: la de alguien que recibe una información que de alguna manera ya sabía y que ahora, finalmente, tiene su forma exacta.

Pero eso vendría mucho después. Primero había que vivir todo lo que faltaba por vivir.

CAPÍTULO 8

Francisco y la capital

Francisco de Paula Rangel Guzmán llegó al mundo en la primavera de 1848, en una Xalapa que todavía cargaba el peso reciente de la batalla de Cerro Gordo y de

la ocupación norteamericana que había pasado por la región como pasan los ejércitos invasores: dejando destrucción material que se repara con el tiempo y una herida en el orgullo colectivo que tarda más en cicatrizar porque nadie sabe bien cómo tratarla. El país había perdido la mitad de su territorio en el Tratado de Guadalupe Hidalgo, firmado ese mismo año, y estaba intentando seguir siendo el mismo país con la mitad del mapa que había tenido antes, lo cual es una operación de identidad que ningún pueblo hace con facilidad.

Francisco no supo nada de eso durante sus primeros años. Los niños no saben de tratados ni de territorios perdidos: saben de la casa donde crecen, de las personas que los rodean, del espacio específico del mundo que les toca habitar. El de Francisco era el de una familia que había perdido a su padre antes de que él naciera y que construía su vida cotidiana sobre esa ausencia con la practicidad de quien no tiene otra opción. Rosario Guzmán crió a su hijo con la determinación silenciosa de las mujeres de su época que enfrentaban situaciones para las que no había manual: sola, con los recursos limitados que la herencia de Juan le había dejado, administrando con cuidado lo que tenía para que alcanzara más de lo que debería.

Era una buena madre en el sentido más exigente del término: no la madre que protege al hijo de todo sino la que lo prepara para lo que vendrá. Le enseñó a leer antes de que entrara a la escuela, le inculcó el respeto por el trabajo bien hecho con el ejemplo más que con las palabras, y le transmitió, sin proponérselo explícitamente, esa capacidad para funcionar en la incertidumbre que solo tienen las personas que han vivido en ella durante suficiente tiempo como para dejar de temerle.

Cuando Francisco tenía siete años, Rosario volvió a tener amores. El hombre era un militar de paso por Xalapa, de esos que el México convulso de mediados del siglo XIX producía en abundancia: joven, bien parecido, con la seguridad provisional del que tiene rango pero no tiene arraigo. Se casaron. Rosario tuvo con él dos hijos más, medios hermanos de Francisco que llegaron al mundo con la facilidad de los niños que tienen padre presente y que crecieron en un ambiente doméstico diferente al que había conocido Francisco en sus primeros años.

Francisco no congeniaba con su padrastro. No era un problema de crueldad ni de maltrato: era algo más difícil de resolver porque era más difícil de nombrar. El padrastro era un hombre que había construido su identidad sobre el rango y la pertenencia institucional, y Francisco era un niño que no encajaba en ninguna de las categorías que ese hombre entendía: no era su hijo, no obedecía con la automaticidad que el militar esperaba de los que estaban bajo su autoridad, y tenía una manera de mirar que incomodaba a los adultos que no estaban acostumbrados a ser mirados con esa atención particular por un niño de ocho años. El padrastro resolvió la incomodidad mediante la distancia: no le hacía daño a Francisco, simplemente actuaba como si Francisco no estuviera del todo en el mismo espacio que los demás.

Francisco aprendió a ocupar ese espacio marginal con una dignidad que nadie le había enseñado explícitamente pero que había absorbido de algún lugar. Estudió con la misma seriedad con que había estudiado desde niño, terminó la educación básica que Xalapa podía ofrecerle y llegó a la adolescencia con la claridad del que

sabe que su futuro no está en el lugar donde está parado sino en algún otro lugar que todavía tiene que encontrar.

La Ciudad de México era ese lugar. O eso le parecía a los diecisiete años, que es la edad en que la capital de cualquier país parece la solución a todos los problemas que el pueblo de origen no puede resolver. Francisco le dijo a su madre que quería estudiar, que en Xalapa no había más que aprender de lo que ya había aprendido, y que necesitaba ir a la capital. Rosario lo escuchó con la expresión de las madres que ya saben lo que el hijo va a decir antes de que lo diga y que han tenido tiempo de decidir si van a oponerse o a dejar ir.

Dejó ir. Le dio lo que pudo de la herencia de Juan, que no era mucho pero era suficiente para unos meses en la capital si se administraba con cuidado, y le recordó que en la propiedad familiar de Xalapa siempre habría un lugar para él si las cosas no salían como esperaba. Francisco le agradeció el dinero y la generosidad del ofrecimiento y partió hacia la capital con la determinación específica del joven provinciano que sabe que no va a necesitar el plan de contingencia porque no contempla que las cosas no salgan como espera.

La Ciudad de México de la segunda mitad del siglo XIX era una ciudad en transformación permanente. El presidente Benito Juárez había iniciado la gran reforma liberal que cambiaría para siempre la relación entre el Estado mexicano y la Iglesia: la nacionalización de los bienes eclesiásticos, el registro civil, el matrimonio y el entierro laicos, la educación pública separada de la religiosa. Eran cambios que el país necesitaba y que una parte del país resistía con la violencia de quien siente que lo que se le quita es su identidad y no solo sus propiedades. La Guerra de Reforma, que terminó en 1861 con la victoria liberal, dejó al país exhausto y endeudado y abierto a la intervención extranjera que llegaría puntualmente en los años siguientes en la forma del Imperio de Maximiliano.

Francisco llegó a la capital en ese ambiente de transformación y conflicto con los ojos abiertos de quien viene de provincia y que todavía no ha aprendido a dar por sentado nada de lo que ve. Encontró alojamiento en una vecindad del centro, cerca del Zócalo, con otros estudiantes y jóvenes trabajadores de distintas partes del país que compartían el espacio y la precariedad con esa fraternidad práctica que da la necesidad cuando no hay otra opción. Estudió lo que pudo pagar: primero en una escuela de comercio, luego en cursos nocturnos de derecho y administración que le daban herramientas para entender el mundo que estaba viendo crecer a su alrededor.

La capital le enseñó cosas que Xalapa no podía haberle enseñado. Le enseñó que el poder tiene muchas formas y que las más interesantes no son las más visibles. Le enseñó que los hombres que construyen las instituciones de un país nuevo necesitan conocerse entre ellos con un nivel de confianza que los contextos formales no pueden generar, y que hay espacios alternativos donde esa confianza se construye mediante rituales y compromisos que van más allá del contrato profesional o la amistad casual.

Fue en uno de esos espacios donde Francisco encontró algo que no había buscado conscientemente pero que reconoció cuando lo vio. Un conocido de la vecindad, un abogado joven de Oaxaca que se movía en los círculos liberales de la capital con

una facilidad que Francisco había notado y que no se explicaba del todo por el talento o las conexiones familiares, lo invitó una noche a una reunión en una casa de la colonia Santa María la Ribera.

No era una reunión como las otras. La casa era modesta pero ordenada con una precisión que no era decorativa sino funcional, y los hombres que llegaron en las horas siguientes eran de distintas edades y procedencias pero compartían algo en su manera de relacionarse que Francisco tardó en identificar con precisión y que finalmente reconoció como la marca de los que comparten un lenguaje que no todo el mundo habla. Un lenguaje hecho no de palabras sino de gestos, de formas de presentarse, de pequeñas señales de reconocimiento que pasarían completamente desapercibidas para quien no supiera que estaban ahí.

Francisco escuchó más que habló esa noche, como hacía siempre en los territorios nuevos. Observó. Hizo las preguntas correctas en los momentos correctos, que es la habilidad más difícil de todas porque requiere saber cuándo el silencio termina y cuándo la palabra empieza. Al final de la noche el abogado de Oaxaca lo acompañó hasta la puerta y le dijo, con la naturalidad de quien propone algo que considera obvio, que si quería volver la siguiente semana era bienvenido.

Francisco volvió.

No hablaremos más de esas reuniones porque no hace falta. Lo que importa es lo que Francisco encontró en ellas: una comunidad de hombres que se tomaban en serio la idea de que el carácter se construye, que el México nuevo que estaban intentando edificar necesitaba ciudadanos que hubieran trabajado en sí mismos con la misma seriedad con que trabajaban en sus profesiones, y que había una forma de hacer ese trabajo que venía de muy lejos y que usaba el lenguaje de los constructores porque los constructores, de todos los oficios que los seres humanos han inventado, son los que mejor entienden que nada sólido se levanta sin cimientos y que los cimientos no se ven pero son lo que sostiene todo lo demás.

Francisco permaneció en la capital varios años. Aprendió, trabajó, estableció relaciones que le servirían toda la vida. Y cuando llegó la noticia de que su madre había muerto en Xalapa y que su padrastro y sus medios hermanos se marchaban al Bajío cediendo la propiedad familiar a su nombre, tomó la decisión sin mucha deliberación: era tiempo de volver.

Volvió con Narcisa Conde, una muchacha de la capital con quien había establecido una relación que tenía la solidez de las cosas que crecen despacio: no el fulgor de los amores que se consumen en tres días sino la consistencia de los que se construyen en meses de conversaciones y de conocerse de verdad antes de decidir. Narcisa no era familiar aparente de los García Conde de Xalapa, aunque el apellido produjera en Francisco una asociación que nunca verbalizó del todo. Era una mujer de letras, lectora, con opiniones propias que expresaba sin la disculpa que muchas mujeres de su época sentían que debían anteponer a cada cosa que decían. Francisco la encontraba, por eso precisamente, extraordinariamente adecuada.

Se instalaron en Xalapa con la herencia de Juan Rangel, que era modesta pero suficiente, y con la determinación de construir algo que durara. Tuvieron un hijo al que pusieron por nombre Amado, que era un nombre que en esa familia sonaba a promesa: alguien que sería querido, que querría bien, que traería al apellido Rangel

algo que las generaciones anteriores habían buscado sin terminar de encontrar, que era simplemente la estabilidad de una vida bien plantada en su tierra.

Francisco ejerció su profesión con la honestidad que había aprendido de su madre y con la amplitud de criterio que le había dado la capital. No se hizo rico. No intentó hacerse rico, que era una distinción importante en el México del Porfiriato, donde la riqueza y el poder estaban tan entrelazados que era difícil tener uno sin comprometer el otro. Vivió bien, en el sentido verdadero del término: con dignidad, con afectos, con el respeto de su comunidad y la conciencia tranquila del que no le debe a nadie lo que no puede pagar.

Murió en Xalapa a una edad razonable, rodeado de su familia, dejando a su hijo Amado una herencia que no era grande en dinero pero que era considerable en el sentido más importante: la herencia de saber quién se es y de dónde se viene, que es la herencia que ningún proceso de expropiación puede quitar porque no está en ningún registro de propiedad sino en la memoria de los que continúan.

El recorte de periódico pasó a Amado junto con las demás pertenencias de Francisco. Ya estaba amarillento y frágil, con los dobleces marcados de tanto abrirse y cerrarse a lo largo de los años, pero todavía legible. Todavía reconocible. Todavía cumpliendo la función que Alicia García Conde le había asignado aquella tarde en que lo recortó con unas tijeras pequeñas en la casa del barrio de Xallitic: recordarle a alguien que tenía un padre, aunque ese padre estuviera al otro lado del mundo y nunca supiera que lo tenía.

CAPÍTULO 9

Don Amado

El profesor Ramírez Lavoignet hablaba de don Amado Rangel Conde con un tono diferente al que usaba para los demás personajes de la historia. No era el tono del historiador que describe a alguien que conoció solo a través de documentos, ni el del cronista que reconstruye una figura pública a partir de lo que otros dijeron de ella. Era el tono de quien conoció a ese hombre de verdad, que lo vio en sus días ordinarios y en sus días difíciles, que lo trató con suficiente frecuencia como para saber que la persona que aparecía en público era la misma que aparecía en privado, que es la prueba más exigente y más confiable del carácter.

—Era un hombre de los que ya no se hacen —me dijo una tarde, con esa expresión que tienen los viejos cuando hablan de los que se fueron y que no es exactamente nostalgia sino algo más parecido al reconocimiento de una pérdida que el tiempo no ha resuelto—. No porque fuera perfecto. Sino porque era exactamente lo que parecía ser. En este país, en esa época, eso era una rareza que valía más de lo que la gente entendía.

Amado Rangel Conde nació en Xalapa en 1878, tercer eslabón de una cadena que empezaba en un barón ruso y que él mismo desconocía en sus detalles pero que había empezado a intuir a través del recorte de periódico que encontró entre las pertenencias de su padre Francisco y que este le había explicado con la misma economía de palabras con que explicaba todo: como un hecho, sin drama, con la convicción de que los hechos son suficientes y no necesitan adornos.

Creció en el Xalapa del Porfiriato, que era una ciudad que modernizaba con la mezcla de entusiasmo y desigualdad que caracterizó ese período en toda la república: nuevos edificios públicos, alumbrado de gas, las primeras líneas del telégrafo, y al mismo tiempo la misma estructura social que llevaba siglos en pie, con los mismos de siempre en la cima y los mismos de siempre en la base, con la diferencia de que ahora los de arriba tenían chaquetas europeas y leían periódicos que llegaban de la Ciudad de México y hablaban de progreso con una convicción que no siempre se correspondía con lo que ocurría a tres calles del centro.

Francisco y Narcisa eran personas de letras, como ya se dijo, y educaron a Amado dentro del más estricto comportamiento social que la época prescribía para los hijos de familias respetables: buenos modales, respeto por las instituciones, la convicción de que el trabajo honesto es la única forma de riqueza que no puede quitarte nadie porque está en lo que sabes y no en lo que tienes. Le hicieron tomar cariño por las ciencias con la paciencia de los padres que entienden que el cariño no se impone sino que se cultiva: llevándolo a la botica cuando era niño a ver cómo el farmacéutico preparaba sus compuestos, explicándole el funcionamiento de los instrumentos de medición que Francisco guardaba en su escritorio, hablándole de los médicos y los científicos mexicanos que estaban construyendo en esa época una tradición propia con los materiales que la ciencia europea ponía a disposición pero con los problemas específicos que solo México tenía.

Fue en esas conversaciones donde Amado escuchó por primera vez el nombre del doctor Rafael Lucio Nájera: el médico veracruzano que había dedicado décadas al estudio de la lepra en México, que había descrito una forma particular de la enfermedad que los libros de medicina extranjeros no recogían porque no la habían visto, y que había terminado sus días en relativo olvido mientras sus colegas europeos avanzaban sobre trabajos que debían más a Lucio de lo que reconocían públicamente. La historia indignaba a Francisco, que tenía un sentido agudo de la justicia intelectual. A Amado le produjo algo diferente: una especie de admiración por ese tipo de honestidad científica que sigue su camino aunque nadie esté mirando, que describe lo que ve aunque la descripción sea incómoda para los que prefieren que la realidad encaje en las categorías que ya tienen.

Amado decidió estudiar Química Farmacobiología.

La decisión era razonable en términos de las opciones disponibles para un joven de su posición en el México de finales del siglo XIX: una carrera científica con aplicación práctica, respetable, que combinaba el gusto por el conocimiento con la posibilidad de ejercerlo de manera concreta y útil en su propia comunidad. Lo que no era completamente razonable, en el sentido de que excedía lo que la mayoría de sus contemporáneos en situación similar habrían considerado, era lo que hizo después de graduarse en la Universidad Nacional: solicitó una beca para especializarse en los Estados Unidos.

Las becas para estudiar en el extranjero existían en el México porfiriano, pero eran escasas y se otorgaban con criterios que tenían más que ver con las conexiones del solicitante que con sus méritos académicos, que era un sistema que el Porfiriato había perfeccionado en casi todos los ámbitos de la vida pública. Amado no tenía las conexiones. Tenía, en cambio, un expediente académico que resultaba difícil de

ignorar incluso para los funcionarios acostumbrados a ignorar los méritos cuando convenía, y tenía también la determinación silenciosa que había heredado de varias generaciones de personas que habían conseguido lo que querían no por el camino del favor sino por el del trabajo sostenido.

Obtuvo la beca. Pasó dos años en los Estados Unidos, en una universidad del norte donde el frío de los inviernos le recordaba, según le contó al profesor Ramírez Lavoignet décadas después, algo que no podía explicar exactamente pero que tenía que ver con una familiaridad que no debería tener con ese tipo de clima porque nunca había vivido en él. Estudió, aprendió inglés con la eficiencia del hombre que necesita el idioma para sobrevivir intelectualmente y no solo socialmente, y regresó a México en los primeros años del siglo XX como lo que el maestro de primaria había predicho que sería: uno de los primeros xalapeños en estudiar en el extranjero y regresar para servir a su comunidad.

Regresó. Ese detalle, que podría parecer menor, no lo era. El México del cambio de siglo estaba produciendo una pequeña pero creciente clase de jóvenes profesionistas formados en el extranjero que descubrían al volver que sus conocimientos tenían más valor fuera del país que dentro, que las oportunidades en Europa o en los Estados Unidos eran más amplias y mejor remuneradas que las disponibles en una república que modernizaba más en la retórica que en la realidad. Muchos de ellos no volvían, o volvían brevemente y se marchaban de nuevo. Amado volvió y se quedó. No por falta de opciones sino por una convicción que el profesor Ramírez Lavoignet describió con una precisión que yo no habría podido mejorar: porque entendía que su lugar era aquí, y que los lugares no se eligen solo por lo que ofrecen sino también por lo que uno puede ofrecerles a ellos.

Estableció en Xalapa la primera farmacia moderna de la ciudad.

La ubicó en la esquina de las calles Lucio y Juárez, en el centro de la ciudad, en un local que había pertenecido a un comerciante español que había cerrado su negocio durante la Revolución y que Amado adquirió con lo que quedaba de la herencia familiar más lo que había ahorrado durante sus años de práctica profesional. La llamó Farmacia Dr. Lucio, en honor del médico veracruzano cuya historia su padre le había contado en la infancia y que Amado consideraba, con la admiración silenciosa de los que no necesitan explicar sus lealtades, uno de los hombres más importantes que el estado de Veracruz había producido y al que el estado de Veracruz no había reconocido suficientemente.

Era una farmacia moderna en el sentido de que Amado la organizó según los criterios científicos que había aprendido en su formación: medicamentos preparados con precisión, dosis correctas, conservación adecuada de los compuestos que se deterioraban con el calor o la humedad, y una disposición a explicar a cada cliente lo que estaba tomando y por qué, que era una práctica todavía inusual en una época en que muchos farmacéuticos consideraban que el conocimiento era un privilegio del dispensador y no un derecho del paciente.

La ciudad lo adoptó con la rapidez con que las ciudades pequeñas adoptan a los suyos cuando regresan habiendo hecho algo que los enorgullece. Don Amado, le decían, aunque era joven todavía para el don: pero el don en ese contexto no era un marcador de edad sino de respeto, y el respeto se lo había ganado por la manera

en que ejercía su trabajo, que era la única manera que él conocía de ganarse cualquier cosa.

Fue en esos años de prosperidad profesional cuando conoció a Elvira Rodríguez.

Elvira era una joven de sociedad xalapeña, descendiente, según la tradición oral de su familia, de la Condesa de Mendoza, una de las familias de la antigua aristocracia colonial que había sobrevivido la independencia y la reforma y el Porfiriato con su nombre más o menos intacto aunque sus bienes hubieran sufrido las transformaciones que todos los bienes sufren cuando el sistema que los sostenía se transforma. Tenía esa actitud que el profesor Ramírez Lavoignet describió con una sonrisa como aristocrática: no en el sentido del desdén sino en el de la seguridad de quien sabe quién es y no necesita que nadie se lo confirme.

Se casaron en 1905. Eran, en muchos sentidos, una pareja improbable: él, descendiente de un barón ruso por la vía más irregular que la genealogía puede producir, farmacéutico científico, moderno en sus métodos y conservador en sus costumbres; ella, criolla de linaje, con el peso de una historia familiar que miraba más hacia el pasado que hacia el futuro. Lo que los unió, según el profesor, era precisamente esa diferencia: se complementaban con la eficiencia de los opuestos que descubren que lo que les falta al uno lo tiene el otro, y que juntos forman algo más estable que cualquiera de los dos por separado.

Tuvieron varios hijos. Rosa, la mayor, que heredó el carácter firme de su madre y que casaría con un comerciante llamado Humberto Aguilar con quien tendría dos hijos. Alfonso Juan, el que perpetuaría el apellido. Narciso y Consuelo, que murieron jóvenes: Consuelo de una afección cardíaca que la familia reconoció con el dolor específico de quien ve repetirse en la siguiente generación algo que ya había visto antes, Narciso en una caída accidental que la memoria familiar guarda con la imprecisión de los episodios que nadie quiso recordar demasiado detalladamente.

Amado era un padre presente en el sentido en que un hombre de su época y su posición podía serlo: no el padre moderno que participa en cada detalle de la crianza sino el padre que establece con su ejemplo y con su presencia constante un modelo de conducta que los hijos absorben sin darse cuenta y que encuentran décadas después, con sorpresa, reproducido en sus propias maneras de hacer las cosas. Les transmitió el gusto por el conocimiento, el respeto por el trabajo bien hecho, la convicción de que la honestidad es la única política de largo plazo que funciona porque es la única que no requiere que recuerdes lo que dijiste antes.

Y les transmitió también, aunque sin decirlo explícitamente, la historia del linaje. Alfonso encontró el recorte de periódico entre las cosas de su padre cuando era todavía un adolescente, lo preguntó, y Amado le contó lo que sabía con la misma economía de palabras que Francisco le había contado a él: como un hecho, sin drama, añadiendo los detalles que Francisco no había tenido o no había querido compartir, que eran los que el profesor Ramírez Lavoignet le había proporcionado a Amado en alguna de sus conversaciones de hombres que se conocen bien y que hablan de las cosas que importan cuando el tiempo y el contexto son los correctos.

La Revolución llegó a Xalapa como llegó a todas partes: con la violencia de los ejércitos que pasan y la incertidumbre de los que se quedan sin saber qué quedará en pie cuando el polvo se asiente. La Farmacia Dr. Lucio sobrevivió, que era ya una

señal de la manera en que la ciudad veía a su propietario: los negocios de los que explotan o de los que se aprovechan no sobreviven las revoluciones, pero los de los que sirven a menudo sí. Amado sirvió a quien llegara con la neutralidad del médico que atiende al herido sin preguntar en qué bando peleaba.

Murió en 1925.

Fue una muerte accidental, de esas que no tienen la dignidad narrativa de las muertes que llegan cuando se supone que deben llegar sino la brusquedad arbitraria de las que interrumpen sin avisar. Alfonso tenía siete años. Elvira quedó viuda con cuatro hijos vivos y con la pequeña fortuna que la farmacia y las propiedades familiares representaban, fortuna que no tardaría en enfrentar la amenaza que el profesor Ramírez Lavoignet mencionó con la amargura contenida de quien describe una injusticia que fue testigo y contra la que no pudo hacer nada: el proceso de expropiación que ciertos funcionarios del gobierno posrevolucionario iniciaron contra la familia con la arbitrariedad de quien tiene el poder y no tiene escrúpulos suficientes para no usarlo.

Elvira perdió casi todo. No por incompetencia ni por resignación: lo perdió porque en el México de los años veinte del siglo pasado había formas de despojo que la ley no podía prevenir porque quienes ejecutaban el despojo eran los mismos que debían aplicar la ley. Quedaron con lo necesario para sobrevivir y con una dignidad intacta que ningún proceso de expropiación podía tocar porque no estaba en ningún registro de propiedad.

—Don Amado —me dijo el profesor Ramírez Lavoignet aquella tarde en el hospital, con esa expresión suya de quien concluye algo que llevaba tiempo pensando— fue el hombre que convirtió la sangre del barón en algo que durara. Los anteriores sobrevivieron. Él construyó. Y aunque lo que construyó lo perdieron en parte, lo que vale no era lo que se podía perder.

Hizo una pausa. Afuera seguía el ruido del hospital. Dentro, el silencio de las cosas que se dicen y que no necesitan comentario.

—Su abuelo, doctor —dijo finalmente—, era de los que ya no se hacen. Pero usted lo conoce mejor de lo que cree. Porque lo que él era está en usted de una manera que usted ya habrá notado, aunque quizás no lo haya puesto todavía en palabras.

No respondí. Tenía razón, y cuando alguien tiene razón de esa manera la respuesta correcta es el silencio.

CAPÍTULO 10

Alfonso y Josefina

Alfonso Juan Rangel Rodríguez creció sabiendo que había perdido a su padre demasiado pronto para conocerlo de verdad. Siete años no son suficientes para construir la imagen completa de un hombre: son suficientes para conservar fragmentos, sensaciones, la textura específica de una presencia que desaparece antes de que uno tenga las palabras para describirla. Alfonso recordaba las manos de su padre, grandes y precisas, que medían y pesaban con la misma atención con que otros hombres contaban el dinero. Recordaba el olor de la farmacia, que era

también el olor de la casa porque Amado llevaba siempre consigo algo de los compuestos que había estado preparando ese día. Recordaba una tarde en que su padre lo sentó en el mostrador de la Farmacia Dr. Lucio y le explicó, con una paciencia que no era condescendencia sino respeto genuino por la capacidad del niño para entender, por qué cada medicamento tenía su dosis exacta y por qué la dosis exacta importaba.

No recordaba más. O no recordaba con la nitidez suficiente para distinguir lo que había vivido de lo que había construido después con los materiales de la memoria y los relatos de su madre.

Elvira Rodríguez viuda de Rangel era una mujer que había decidido, con la claridad de quien no tiene tiempo para las alternativas, que la adversidad no iba a definirla. La pérdida de su marido, seguida por la pérdida de buena parte de los bienes familiares en el proceso de expropiación que ciertos funcionarios habían ejecutado con la impunidad de los que saben que nadie les pedirá cuentas, habría quebrado a muchas personas. A Elvira la endureció sin amargarla, que es la distinción que marca la diferencia entre los que sobreviven las desgracias y los que no terminan de recuperarse nunca.

Administró lo que quedó con una eficiencia que el profesor Ramírez Lavoignet recordaba con admiración: sin quejarse, sin explicar más de lo necesario, con la actitud de quien entiende que la dignidad no es un lujo que uno puede permitirse solo en los tiempos buenos sino una postura que vale precisamente cuando las circunstancias presionan en sentido contrario. Vendió lo que había que vender, conservó lo que había que conservar, y destinó los recursos disponibles a la única inversión que consideraba verdaderamente segura: la educación de sus hijos.

Alfonso estudió en la Escuela Normal Veracruzana. No fue una elección de compromiso ni la resignación de quien no puede aspirar a algo más. Fue una elección deliberada, tomada con la convicción que había absorbido de su madre: que enseñar es una de las pocas formas de trabajo en que lo que uno hace se multiplica, que un maestro bueno deja algo en cada uno de los que pasan por sus manos y que esa multiplicación es la forma más duradera de utilidad que un ser humano puede alcanzar. Se graduó en 1941, con un expediente que reflejaba no el brillo del que todo lo hace fácil sino la solidez del que trabaja con constancia y sabe que la constancia, a largo plazo, produce mejores resultados que el talento sin disciplina.

Tenía veintitantos años, un título de maestro y la disposición del que está listo para comenzar. El México de 1941 era un país que había sobrevivido la Revolución y el conflicto cristero y la expropiación petrolera y estaba intentando encontrar su forma definitiva con la urgencia de quien lleva demasiado tiempo en proceso de encontrarla. La educación pública era uno de los instrumentos que el Estado posrevolucionario había elegido para construir la nación que quería ser: maestros rurales que llegaban a los rincones más alejados del país con libros y con la convicción, a veces ingenua pero siempre honesta, de que el conocimiento cambia las cosas.

Alfonso fue destinado al norte del estado de Veracruz. Al municipio de Cazonas, un pueblo de la Huasteca veracruzana ubicado cerca de la costa del Golfo, donde el

petróleo había transformado el paisaje y la economía en las décadas anteriores con esa mezcla de prosperidad y desarraigo que la industria extractiva produce en todos los lugares del mundo donde se instala: riqueza que pasa de largo y pobreza que se queda, trabajadores que llegan de todas partes y que crean una comunidad híbrida que todavía no sabe bien qué es pero que tiene una vitalidad particular que las comunidades más homogéneas a veces no tienen.

Llegó a Cazones en los primeros meses de 1943 con su maleta, sus libros y la certeza práctica de que los primeros meses en cualquier lugar nuevo son los más difíciles y que la mejor manera de sobrevivir los es hacer bien el trabajo y observar antes de opinar. Encontró una escuela que funcionaba con los recursos mínimos que el sistema educativo podía proporcionar a una comunidad de ese tamaño y con un grupo de alumnos que venían de situaciones tan diversas como el propio origen de sus familias: hijos de trabajadores petroleros llegados de Tamaulipas o de San Luis Potosí, hijos de familias huastecas con raíces en esa tierra que se medían en generaciones, hijos de inmigrantes que habían llegado desde lugares que los niños no podían ubicar en ningún mapa que hubieran visto.

Entre esas familias estaba la de Yusef Abud Direni.

Yusef había llegado a México en 1909, procedente del Líbano, en el barco que traía a tantos otros que habían tomado la misma decisión por las mismas razones: el Imperio Otomano se desmoronaba, el futuro en Oriente Medio era una promesa que nadie podía garantizar, y América —cualquier parte de América— era el lugar donde las cosas todavía podían empezar de nuevo. Llegó con su mujer Mshero Direni Ahunt, que los papeles de inmigración mexicanos registraron como Sara porque el funcionario de turno no encontró equivalente en español para ese nombre y decidió resolverlo por el procedimiento de sustituirlo, con la misma arbitrariedad tranquila con que el padre Talamantes había convertido Wrangel en Rangel ochenta y cinco años antes en una parroquia de Xalapa. La historia, en México, tiene la costumbre de repetir sus mecanismos aunque los protagonistas cambien.

Yusef y Sara se establecieron en Cazones con la determinación práctica de los inmigrantes que saben que no tienen red de seguridad y que por tanto no pueden permitirse el lujo de la indecisión. Abrieron un comercio pequeño que con los años fue creciendo hasta convertirse en el establecimiento más completo del pueblo, vendiendo de todo con esa eficiencia comercial que las familias libanesas habían desarrollado durante generaciones de moverse entre culturas distintas y entender las necesidades de cada una. Tuvieron hijos que nacieron en México y que eran mexicanos con la convicción de los que no conocen otra patria, aunque en casa se mezclaran el árabe y el español con la naturalidad de las familias que han aprendido que los idiomas no se excluyen sino que se suman.

Su hija Josefina era la mayor. Había nacido en Cazones en 1922 y tenía veintiún años cuando Alfonso Rangel llegó al pueblo como maestro. Era una mujer de carácter definido y criterio propio, formada en la escuela del comercio familiar donde había aprendido desde niña que los problemas se resuelven y que la diferencia entre los que resuelven y los que no está en la disposición para trabajar más que en la inteligencia para encontrar soluciones que de todas formas no aparecen si no se buscan. Hablaba español con el acento particular de las familias libanesas de la

Huasteca, que mezclaba la cadencia árabe con el español veracruzano y producía una manera de decir las cosas que Alfonso encontró, desde la primera vez que la escuchó, extraordinariamente directa y extraordinariamente honesta.

Se conocieron en el mercado. Alfonso había ido a comprar lo que necesitaba para la semana con la lista metódica del hombre que ha aprendido a administrar lo poco que gana un maestro de escuela rural sin privarse de lo esencial, y Josefina atendía el puesto de su familia con la eficiencia de quien lleva años haciéndolo y puede hacer tres cosas al mismo tiempo sin que ninguna de las tres quede mal hecha. Intercambiaron las palabras mínimas de la transacción comercial. Alfonso pagó, recogió sus cosas y se marchó. Josefina siguió atendiendo al siguiente cliente.

No fue un flechazo. Los flechazos son para las novelas que necesitan que las cosas ocurran rápido, y la historia de Alfonso y Josefina tenía una lógica más lenta y más sólida. Se vieron de nuevo en la tienda, en la plaza del pueblo los domingos después de misa, en las reuniones de la comunidad que un maestro nuevo tiene la obligación de frecuentar si quiere que los padres de sus alumnos lo traten como aliado y no como visitante temporal. Fueron hablando, primero de cosas prácticas y luego de cosas menos prácticas, con esa progresión natural de las conversaciones entre personas que descubren que tienen más que decirse de lo que la situación inicial sugería.

Alfonso tenía la costumbre de escuchar con atención completa, que era rara y que Josefina notó porque estaba acostumbrada a los hombres que escuchan a medias mientras piensan en lo que van a decir a continuación. Josefina tenía la costumbre de decir exactamente lo que pensaba sin el rodeo que muchas mujeres de su época consideraban obligatorio, que era rara también y que Alfonso notó porque estaba acostumbrado a tener que interpretar lo que las personas decían para encontrar lo que querían decir de verdad.

Se hicieron novios con la seriedad de los adultos que ya saben que el tiempo es un recurso limitado y que no tiene sentido demorarse en lo que ya está claro. La familia de Josefina recibió a Alfonso con la hospitalidad específica de las familias libanesas, que es una hospitalidad que no distingue entre el invitado ocasional y el que ya es de la familia porque en esa tradición la distinción no existe: o estás en la mesa o no estás, y si estás en la mesa eres de la familia.

Alfonso conoció en esas comidas familiares una cultura que no se parecía a ninguna de las que había conocido antes y que le resultó, en lugar de extraña, complementaria a la suya propia. Los Abud tenían una manera de entender el mundo que combinaba el pragmatismo del comerciante con la hospitalidad incondicional del clan, la memoria larga de los que saben que su familia ha sobrevivido cosas peores que las circunstancias presentes con la disposición alegre de los que han decidido que la vida se vive mejor sin amargura. No era tan diferente, en el fondo, de lo que la familia Rangel había practicado durante generaciones: construir desde lo que hay, sin quejarse de lo que falta.

Josefina le preguntó a Alfonso, en algún momento de ese noviazgo que ninguno de los dos habría sabido fechar con precisión, por su familia. Alfonso le contó lo que sabía: el farmacéutico, la expropiación, la madre que había sostenido todo con una dignidad que él todavía recordaba como el ejemplo más claro de carácter que había

visto de cerca. Y le contó también, porque Josefina preguntaba de verdad y no por cortesía, la historia más larga: el barón ruso, la noche de Xallitic, el cura que convirtió Wrangel en Rangel, el recorte de periódico que había pasado de mano en mano durante cuatro generaciones.

Josefina escuchó todo con la atención que ponía en las cosas que le parecían importantes. Cuando Alfonso terminó, guardó silencio un momento y dijo:

—Nosotros también venimos de lejos.

Era una observación simple y era también una declaración: que los orígenes remotos no son una rareza ni una carga sino simplemente la condición de casi todas las familias que han sobrevivido suficiente tiempo como para tener historia. Que venir de lejos y echar raíces en un lugar nuevo no es una contradicción sino la manera en que la mayoría de las familias del mundo llegaron a ser lo que son.

Alfonso la miró con la expresión del que acaba de entender algo que ya sabía pero que necesitaba escuchar dicho en voz alta para terminar de entenderlo.

Se casaron en Cazones en 1943, con una ceremonia que combinó tradiciones con la naturalidad de las familias que no sienten que mezclar sea una traición a ninguna de las dos. Se instalaron en Xalapa, que era la ciudad de Alfonso y que Josefina adoptó con la disposición de los que entienden que los lugares no se heredan sino que se eligen, y que elegir un lugar con convicción es más definitivo que nacer en él por accidente.

Tuvieron tres hijos varones. El primero fue José Luis, en 1945. El segundo fue Alberto, en 1950. El tercero fue Salvador, en 1952.

La nana Benita llevaba décadas muerta. El coronel García Conde llevaba un siglo enterrado en alguna de las fosas comunes de Cerro Gordo donde los muertos de esa batalla habían quedado sin identificar. Ferdinand von Wrangel llevaba ochenta años bajo la tierra de Dorpat, en Estonia, donde había muerto en 1870 de una afección cardíaca sin saber que tenía en México una estirpe que llevaba su sangre aunque no su nombre exacto.

Pero el recorte de periódico seguía ahí, guardado entre las pertenencias de Alfonso en una caja de madera que Elvira le había entregado cuando se casó y que contenía los objetos que la familia había considerado dignos de preservar a través de las mudanzas y las pérdidas y los años. El papel era ya casi traslúcido de tanto doblarse y desdoblarse, y la ilustración grabada en madera que pretendía ser el retrato de Ferdinand von Wrangel había perdido parte de su detalle con el tiempo, pero el nombre seguía legible y la fecha y el cargo y el lugar.

Alfonso se lo mostró a sus hijos cuando tuvieron edad para entenderlo. Se lo explicó de la misma manera en que su padre se lo había explicado a él y en que el padre de su padre se lo había explicado antes: como un hecho, sin drama, con la convicción de que los hechos son suficientes y que la historia de la familia no necesita adornos para ser lo que es.

Lo que es, es esto: una línea que viene del frío del norte y que encontró en el trópico veracruzano su temperatura definitiva. Una línea que cruzó el Atlántico sin saberlo, que cambió de apellido en una sacristía, que sobrevivió guerras y expropiaciones y

ausencias y amores que no pudieron quedarse, y que en cada generación encontró la manera de seguir.

Salvador tenía diez años cuando Alfonso le contó por primera vez sobre su origen. Lo miró con la seriedad de los niños que toman en serio las cosas que los adultos toman en serio. Preguntó cómo se pronunciaba el nombre en ruso. Alfonso lo intentó con su pronunciación aproximada. Salvador lo repitió. Mejor, aunque todavía lejos. Como Alicia García Conde, un siglo antes, intentando pronunciar Citlaltépetl.

CAPÍTULO 11

Los tres hijos

Alfonso Juan Rangel Rodríguez murió en Xalapa en 1966, cuando sus hijos tenían veintiún, dieciocho y quince años respectivamente. Murió de un cáncer de hígado que el médico que lo atendió diagnosticó casi al final, no por negligencia sino porque la medicina de esa época en una ciudad de provincia no tenía los instrumentos para detectar esas cosas antes de que el cuerpo ya las estuviera anunciando con señales que no dejaban lugar a la duda. Y aunque los hubiera tenido, los recursos de un maestro de primaria no habrían alcanzado para lo que el tratamiento habría costado. Esa es la verdad sencilla y sin adorno de lo que ocurrió, y la novela la consigna como lo que es: un hecho más en una historia que ha estado llena de pérdidas tempranas desde el principio, como si el linaje hubiera aprendido desde su fundación que las cosas importantes se construyen a pesar de las ausencias y no esperando a que las ausencias no ocurran.

Josefina Abud de Rangel tenía cuarenta y nueve años cuando quedó viuda. José Luis tenía veintidós y estaba casado, con un hijo propio y su carrera de maestro encaminada. Alberto tenía veinte y caminaba por el mismo sendero. Ambos eran hombres formados, con sus propias vidas ya comenzadas.

Alfonso no lo supuso. En su lecho de muerte, con la lucidez específica de los que saben que el tiempo se acaba y eligen con cuidado las últimas palabras, Alfonso llamó a Salvador. Al de quince años. Y le dijo, con la sencillez de quien no tiene energía para rodeos, que le encargaba a su madre. Que sus hermanos tenían ya sus vidas. Que Josefina era una mujer que había construido su mundo alrededor de Alfonso durante más de veinte años y que al perderlo quedaría con un desamparo doble: el del afecto y el del sustento.

Nunca fue un reproche a los mayores. Solo una elección objetiva producto de lo que él sabía. Alfonso conocía a sus hijos con la precisión del hombre que los ha observado crecer y que sabe de qué está hecho cada uno. Y lo que había visto en el menor era algo que no sabía nombrar del todo pero que confiaba: una forma de apego que no necesitaba que nadie se la pidiera porque es anterior a la petición.

Salvador escuchó a su padre. Asintió. Y cumplió.

Lo que siguió no fue sencillo ni rápido ni indoloro, y la novela no pretenderá que lo fue. Josefina y Salvador vivieron de la exigua pensión de maestro que Alfonso había dejado, pensión que el tiempo y la inflación fueron reduciendo hasta convertirla en algo que alcanzaba para poco más que lo imprescindible. Salvador tenía quince

años y una deuda con su padre que no pesaba como una carga sino como una brújula.

Quince años es una edad que no es ninguna de las cosas que necesitaría ser. Al mismo tiempo, sabemos que no es suficiente para que el mundo te trate como adulto, pero no es tan corta para que el mundo te proteja como niño. Es la edad en que las pérdidas dejan la marca más profunda precisamente porque uno ya entiende lo que ha perdido pero todavía no tiene las herramientas para procesar ese entendimiento de una manera que no duela todo el tiempo.

Salvador entendió lo que había perdido. Y tomó una decisión que en otro contexto podría haber parecido prematura y que en ese contexto era simplemente la única opción que le dejaba el orgullo intacto: seguir.

Quería estudiar medicina. No era un capricho ni una decisión tomada en el calor de la pérdida: era algo que venía de antes, de esa inclinación hacia las ciencias que Alfonso había cultivado en sus hijos con la paciencia del maestro que sabe que las vocaciones no se imponen sino que se riegan y se dejan crecer. Salvador había decidido que quería entender el cuerpo humano con la misma precisión con que su abuelo Amado había entendido los compuestos químicos y con la misma convicción de que ese entendimiento podía servir a las personas que lo rodeaban de una manera concreta y verificable.

El problema era el dinero, que es el problema que tiene la misma respuesta en todas las épocas y en todos los contextos: no había suficiente. Obtuvo una beca del gobierno, reducida pero real, que cubría una parte de lo que la carrera de medicina requería. El resto lo construyó como pudo, con los materiales que tenía disponibles.

Trabajó de noche. No es una metáfora ni una simplificación narrativa: es lo que hizo. Tuvo que irse al Puerto de Veracruz, que es donde estaba la Facultad de Medicina de la Universidad Veracruzana, mientras atendía a su madre los fines de semana. Tenía que estudiar durante el día y trabajar de noche en los empleos que estaban disponibles para un muchacho joven sin más capital que la disposición para hacer lo que había que hacer sin quejarse de la hora. Los muelles del Puerto de Veracruz. Los turnos de ambulante en la Cruz Roja.

El sueño era lo que quedaba entre los dos, que a veces era suficiente y a veces no lo era, y en ninguno de los dos casos había opción de detenerse. Hay capítulos de una vida que pertenecen a quienes los vivieron y a los que vendrán después, no a cualquier lector, y este es uno de ellos. Lo que importa aquí es lo que produjo: un hombre formado desde adentro, sin red, sin atajos, con la única herramienta que nadie puede quitarte porque no está en ningún lugar que se pueda expropiar.

Hay una manera de forjarse el carácter que no tiene sustituto y que ninguna circunstancia favorable puede proporcionar: la que resulta de haber cargado peso real durante suficiente tiempo como para que el peso deje de ser peso y se convierta en parte de lo que uno es. Salvador cargó ese peso durante los años de su formación con una constancia que sus compañeros de generación, la mayoría de ellos con situaciones más holgadas, notaban sin entender del todo de dónde salía. Salía de donde siempre han salido esas cosas en esta familia: de la convicción de que lo que uno quiere construir se construye, y de que la única pregunta relevante no es si es posible sino cuánto va a costar y si uno está dispuesto a pagarlo.

Se graduó de médico cirujano. Siguió estudiando: especialidad en salud pública, maestría en administración de hospitales, el doctorado en ciencias que añadió al edificio académico con la misma lógica con que se añaden los pisos a una construcción que se hizo bien desde los cimientos. Cada grado era también una respuesta a algo: a la enfermedad que se había llevado a su padre sin que la medicina de entonces pudiera hacer suficiente, a la pobreza que había convertido el tratamiento en una posibilidad teórica y no en una opción real, a la convicción de que la salud pública no era solo la medicina del individuo sino la medicina de las condiciones que hacen al individuo más o menos vulnerable.

Casó en 1976 con Antonia Ramírez García, médica como él, oriunda de Gutiérrez Zamora. Tuvieron dos hijos varones: Luis Antonio y Héctor Gabriel. La historia del linaje continuó con ellos, como continúa siempre, en la dirección que le da la generación que la lleva.

Sus hermanos siguieron sus caminos con la solidez que Alfonso les había dejado como única herencia tangible. José Luis casó con Delfina Martínez Marcial, de Jilotepec, y tuvieron tres hijos: Juan Francisco, José Luis y Delfina. Alberto casó con Olga Oliva Zárate, maestra de Naolinco, y tuvieron un hijo: Carlos Alberto. Tres ramas del mismo árbol, todas en Xalapa, todas llevando el apellido que un cura veracruzano había simplificado sin saber que estaba fundando algo.

Fue en esos años de construcción profesional y familiar cuando Salvador empezó a frecuentar los espacios donde su padre había estado antes que él, aunque sin saberlo todavía con esa precisión. La masonería no había llegado a él por el camino de la explicación ni de la invitación formal que uno puede rechazar o aceptar con distancia: había llegado por el camino en que llegan las cosas que ya estaban en uno antes de que uno las encontrara, que es el camino de los linajes cuando llevan suficiente tiempo en una misma dirección.

En las reuniones de la logia, Salvador encontró algo que reconoció con la misma sensación que debió tener Juan Rangel García cuando la nana Benita le puso el recorte de periódico en las manos: la sensación de que lo que tenía delante no era nuevo sino la forma exacta de un hueco que siempre había estado ahí. El trabajo sobre el carácter propio. La fraternidad entre iguales que se reconocen no por el rango ni por el origen sino por el compromiso compartido con ciertos principios que no se negocian. La convicción de que el ser humano puede mejorarse a sí mismo si trabaja en ello con constancia y honestidad.

Años después, décadas después, siendo ya masón con un camino recorrido que se medía no en títulos sino en el tipo de transformación que no se puede fingir porque se ve en la manera en que uno trata a las personas y en la manera en que uno trata los problemas, Salvador entendería algo que en esos primeros años solo intuía: que Ferdinand von Wrangel, el barón explorador que había pasado tres días en Xalapa en 1824 y había dejado sin saberlo la semilla de todo lo que vino después, tenía todas las condiciones del hombre que la tradición en que Salvador se había formado reconoce como uno de los suyos antes de que existiera ningún ritual que lo hiciera oficial.

La curiosidad rigurosa. La búsqueda de lo que todavía no está en los mapas. La convicción de que el conocimiento se transmite de persona a persona, en contextos

donde la confianza es la condición de la transmisión. La lealtad al oficio bien hecho por encima de las conveniencias del momento. La búsqueda de una isla que sabía que existía aunque no pudiera todavía verla.

Ferdinand von Wrangel no necesitó una logia para ser lo que era. Lo era antes. La logia, cuando llegó a la vida de su descendiente en quinta generación, reconoció en ese hombre algo que ya venía de lejos. Lo reconoció porque esas cosas se reconocen. Porque hay formas de estar en el mundo que atraviesan los siglos y los apellidos cambiados y las noches de trabajo y las pérdidas tempranas y llegan intactas, o más que intactas, a las manos del que las continúa.

Eso es un linaje. No la sangre, aunque la sangre también cuente. El linaje es eso que persiste cuando todo lo demás ha cambiado y que hace que un médico de Xalapa, mirando el retrato borroso de un almirante ruso en un recorte de periódico del siglo XIX, sienta que está mirando algo que conoce aunque nunca lo haya visto antes.

CAPÍTULO 12

El recorte de periódico

El profesor David Ramírez Lavoignet llegó al Centro de Especialidades Médicas de Xalapa en los últimos meses de 1991 con esa combinación particular de síntomas que los médicos reconocen de inmediato como el anuncio de que el cuerpo ha comenzado a negociar sus términos de rendición. No era un hombre que se quejara. Tenía más de setenta años y había vivido con la intensidad específica de los que no distinguen entre trabajar y vivir porque para ellos las dos cosas son la misma cosa, y esa intensidad deja sus marcas en el cuerpo con la misma fidelidad con que deja sus marcas en la obra.

Lo recibí como subdirector del hospital, con la cortesía que correspondía a un paciente de su edad y su condición, y también con algo más que la cortesía: con el reconocimiento de quien ve entrar a alguien que ha sido parte del paisaje de su vida desde antes de que tuviera palabras para describir ese paisaje. El profesor Ramírez Lavoignet había sido amigo de mi padre. Lo había visto en casa cuando yo era niño, en esas visitas de adultos que los niños perciben en sus contornos sin acceder a su contenido. Sabía quién era. No sabía todavía lo que sabía.

Las primeras conversaciones fueron las de siempre entre un médico y un paciente que se conocen de antes: la actualización de los años transcurridos, las noticias de la ciudad, los nombres compartidos. El profesor hablaba de Xalapa con el amor del cronista que ha dedicado su vida a una sola cosa y que sabe que esa dedicación ha valido la pena porque el objeto de su amor es inagotable. Yo escuchaba con la atención dividida del médico que atiende a su paciente y del hombre que disfruta escuchar a alguien que sabe contar.

Fue en la tercera o cuarta visita cuando el profesor dijo la frase que cambió el registro de todo lo que vendría después.

—¿Sabe usted, doctor, que su abuelo don Amado fue uno de los hombres más notables que ha dado esta ciudad?

La pregunta, o la afirmación disfrazada de pregunta, abrió una puerta que yo no sabía que estaba cerrada. Sabía poco de don Amado: la farmacia, el nombre del doctor Lucio, algunos fragmentos que mi padre me había contado con esa economía de palabras con que los hombres de su generación hablaban de sus mayores, como si la abundancia de detalles fuera una forma de irreverencia. Sabía que había un recorte de periódico que pasaba de generación en generación. Sabía que había un apellido con una historia detrás. No sabía la historia completa.

El profesor me la fue contando a lo largo de los meses siguientes con la paciencia del narrador que sabe que las cosas buenas no se entregan de golpe sino en capas, dejando que cada entrega tenga tiempo de asentarse antes de añadir la siguiente. Venía a sus citas de seguimiento y a veces venía también en otros días, sin cita, con el pretexto de alguna consulta menor que ninguno de los dos tomaba demasiado en serio como pretexto porque lo que importaba era la conversación que seguía.

Me habló de Ferdinand von Wrangel con la precisión del historiador que ha rastreado a un personaje en las fuentes disponibles y con el entusiasmo del narrador que ha encontrado en ese personaje algo que lo justifica. Me habló de la misión diplomática de 1824, del coronel García Conde y su casa en el barrio de Xallitic, de Alicia y de lo que ocurrió en esos tres días con la discreción justa que merece una historia que no le pertenece al que la cuenta sino a los que vienen de ella. Me habló del padre Talamantes y de la doble ve que desapareció en la sacristía de la parroquia del Beaterio para no volver jamás. Me habló de Juan, de Francisco, de don Amado, de cada eslabón de la cadena con el cuidado del orfebre que sabe que lo que está manejando tiene un valor que excede el de los materiales.

—Todo esto lo sé porque me lo contó su padre —dijo en una de esas tardes, con la naturalidad de quien revela algo que consideraba implícito—. Alfonso y yo fuimos amigos durante muchos años. Él sabía la historia porque su padre se la contó, y su padre la sabía porque la había reconstruido con paciencia a lo largo de su vida. Pero Alfonso no era hombre de escribir estas cosas. Era hombre de contarlas. Y me las contó a mí porque sabía que yo sí las escribiría.

—¿Y las escribió?

—Algunas. —Hizo una pausa con la expresión del que evalúa cuánto decir—. Le prometí que le haría llegar lo que tuviera. Pero el tiempo, doctor, tiene sus propias prioridades.

Hubo un período en que el profesor dejó de venir. Su salud se había deteriorado más rápido de lo que las últimas visitas habían sugerido, y yo me enteré por vías indirectas de que estaba en casa, con cuidados que ya no requerían hospital pero que tampoco permitían las visitas al hospital. Pregunté por él. Me dijeron que seguía, que estaba lúcido, que preguntaba por mí.

No llegué a verlo de nuevo.

Murió en los primeros meses de 1992, en su casa de Xalapa, rodeado de los libros y los archivos que habían sido su compañía durante décadas. La ciudad lo despidió con el respeto que guardaba para los que le habían dedicado su vida, que era un respeto real aunque no siempre ruidoso, el tipo de reconocimiento que las ciudades

le dan a sus cronistas cuando ya no están y que ningún cronista llega a ver completo porque ocurre después.

Unas semanas después de su muerte, una persona que no conocía se presentó en mi consultorio con un sobre. Me dijo que el profesor le había encargado que me lo hiciera llegar, que era una instrucción de hace tiempo que él había guardado esperando el momento. Lo dejó sobre el escritorio y se marchó antes de que yo pudiera hacer más preguntas.

El sobre tenía mi nombre escrito con la letra del profesor, que reconocí de inmediato: una caligrafía formada en los años en que escribir bien a mano era todavía una disciplina que se enseñaba y se exigía, con esa firmeza que el temblor de los años había vuelto menos segura pero no menos legible. Dentro había tres cosas.

La primera era un recorte de periódico. No el recorte original que había pasado de mano en mano durante cuatro generaciones, ese estaba entre las pertenencias de mi familia desde hacía mucho tiempo. Era una fotocopia del recorte, ampliada, con una nota al margen escrita por el profesor: *El original que usted tiene es de 1829, cuando nombraron a Wrangel gobernador de Alaska. Esta copia es del mismo. Guárdelo bien.* Debajo de la nota, una flecha señalaba la ilustración grabada en madera, el retrato aproximado del almirante, y al lado de la flecha tres palabras: *Mírese usted mismo.*

La segunda cosa era la semblanza de don Amado Rangel que el profesor había publicado años atrás en un periódico local: dos columnas de texto denso con el título *Un farmacéutico que fue más que un farmacéutico*, donde Ramírez Lavoignet describía a mi abuelo con esa mezcla de rigor histórico y afecto personal que era su marca y que hacía que sus textos fueran al mismo tiempo documentos y retratos.

La tercera era una hoja escrita a mano, con esa caligrafía que el temblor hacía más humana sin hacerla menos precisa. Era una nota breve. Decía:

Para que sus hijos sepan de dónde vienen. No toda la historia está en los papeles: parte está en usted, que es donde siempre termina la historia de una familia cuando ha durado suficiente. Con el afecto de siempre. A.R.L.

Me quedé un momento con la hoja en las manos, en mi consultorio, con el ruido del hospital afuera y el silencio de esas palabras adentro. Pensé en mi padre, que había muerto cuando yo tenía quince años y que me había encargado a mi madre con la convicción de que yo no la dejaría. Pensé en don Amado, que había muerto cuando mi padre tenía siete años y que le había dejado como herencia la farmacia y el apellido y la costumbre del trabajo honesto. Pensé en Juan Rangel García, que había muerto con un recorte de periódico en el bolsillo y un hijo que no conocería. Pensé en Alicia García Conde, que había muerto joven con el corazón frágil que era el rasgo más persistente del linaje, y que antes de morir le había pedido a su nana Benita que le contara la verdad a su hijo cuando tuviera edad para entenderla.

Pensé en Ferdinand von Wrangel, que en este momento de mi vida llevaba más de cien años muerto en Dorpat y que nunca supo que en Xalapa, en una casa del barrio de Xallitic, había dejado algo que todavía estaba aquí.

Miré la fotocopia del recorte. Miré el retrato aproximado del almirante. Luego hice lo que el profesor me había indicado con su flecha y sus tres palabras: me miré a mí

mismo, en el espejo pequeño que tenía colgado en la pared del consultorio para los pacientes que necesitaban examinarse.

No sé lo que esperaba ver. Sé lo que vi: un médico de cuarenta años, xalapeño, con los ojos que mi padre decía que eran iguales a los de su padre y que su padre decía que eran iguales a los del bisabuelo. Un hombre que había construido lo que tenía con sus propias manos y con las noches de su juventud y con una brújula que le había dado su padre en el lecho de muerte. Un hombre que llevaba en el bolsillo, sin saberlo siempre con esa precisión, la misma forma de mirar el mundo que había llevado un explorador ruso en cubierta, en algún mar del norte, buscando una isla que sabía que existía aunque no pudiera todavía verla.

El recorte de periódico estaba sobre mi escritorio. Afuera el hospital seguía con su ruido de siempre. Adentro, el silencio de las cosas que se entienden de golpe después de haber estado ahí toda la vida.

Guardé el sobre con sus tres contenidos en el cajón de mi escritorio, junto a otras cosas que no tienen precio porque no tienen precio. Esa tarde, al salir del hospital, caminé por Xalapa de una manera diferente a como la había caminado siempre: no diferente en la ruta ni en el ritmo sino en la conciencia de estar caminando sobre capas de tiempo que se superponen sin anularse, en la misma ciudad donde un cura había simplificado un apellido en 1824 y donde ese apellido había echado raíces que llegaban hasta mí y desde mí llegarían más lejos todavía.

Wrangel. Rangel. El mismo nombre. La misma sangre. El mismo norte.

Eso es lo que el profesor David Ramírez Lavoignet me dejó en un sobre una tarde de 1992 en un consultorio de Xalapa. Y eso es lo que este libro intenta dejar a los que vengan después: no la certeza de lo que fuimos, que la historia nunca puede dar del todo, sino la convicción de que vinimos de algo que valió la pena y que en cada generación encontró la manera de seguir valiendo la pena.

El resto está en ustedes.

EPÍLOGO

La isla que lleva su nombre

La Isla Wrangel está en el Ártico ruso, en el meridiano 180, donde el este y el oeste del mundo se tocan como si la geografía hubiera decidido que en algún punto la división tiene que terminar. Tiene 7,300 kilómetros cuadrados de tundra helada, una altitud máxima de mil metros, y el nombre de un hombre que la buscó durante cuatro años sin encontrarla. Fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 2004, por sus ecosistemas árticos y por ser uno de los últimos refugios del mamut lanudo, cuya extinción se postergó en esa isla varios milenios más que en el resto del planeta, como si el Ártico tuviera la costumbre de conservar lo que el mundo ha decidido olvidar.

Ferdinand von Wrangel nunca la vio.

Murió en Dorpat, en la actual Estonia, el 25 de mayo de 1870, de una afección cardíaca. Tenía setenta y seis años. Había sido almirante de la Marina Imperial Rusa, gobernador de Alaska, director de la Compañía Ruso-Americana, ministro de

Marina del Imperio. Había publicado sus memorias de exploración ártica en varios idiomas. Había recibido condecoraciones de media docena de imperios europeos. Había dado la vuelta al mundo más de una vez. Había buscado una isla en el Ártico que sabía que existía y no había podido encontrar, y diecisiete años después de su muerte el capitán estadounidense Thomas Long la avistó por fin y la bautizó con el nombre del hombre que la había buscado, porque había en ese gesto una justicia que no necesitaba explicación.

Lo que Ferdinand von Wrangel no sabía, en ninguno de los días de su larga vida, era que en una ciudad de niebla y buganvillas en el estado de Veracruz, México, había dejado en 1824 algo que también llevaría su nombre, aunque escrito de otra manera.

Rangel.

En Xalapa viven hoy los nietos quintos y los bisnietos de Ferdinand Petrovich von Wrangel. No todos saben la historia completa. Algunos la conocen en fragmentos, por la tradición oral que es la manera en que las familias transmiten lo que consideran esencial. Otros la conocen por el recorte de periódico que ha pasado de mano en mano durante casi doscientos años y que es ya más símbolo que documento, más talismán que prueba, aunque siga siendo ambas cosas. Y otros la conocerán, si este libro cumple su función, por estas páginas que un médico xalapeño escribió para que ninguna generación futura tuviera que reconstruir sola lo que tardó tanto tiempo en reconstruirse.

Hay algo que Ferdinand von Wrangel y sus descendientes mexicanos comparten que no está en ningún documento y que sin embargo es verificable: una forma de mirar el mundo que se reconoce en los detalles. La curiosidad que no se satisface con las respuestas disponibles y que sigue buscando las que todavía no existen. La capacidad para funcionar en la incertidumbre sin paralizarse, que es la capacidad del explorador y también la del médico y también la del maestro y también la del hombre que a los quince años asiente cuando su padre le encarga algo difícil y lo cumple sin quejarse de lo que cuesta. La convicción de que lo que uno busca existe aunque todavía no haya manera de verlo, y que la búsqueda bien hecha tiene su propio valor independientemente de si la isla aparece o no.

Ferdinand buscó su isla cuatro años en el Ártico y no la encontró. Pero la buscó con tal rigor y tal constancia que cuando otro hombre la encontró décadas después, supo de inmediato que ese nombre era el correcto. Las búsquedas honestas dejan huella aunque no lleguen al destino. Eso también es herencia.

Esta novela termina aquí, en el único lugar donde puede terminar: en el presente. En Xalapa, ciudad de niebla y café y buganvillas, donde el apellido Rangel lleva casi doscientos años echando raíces desde aquella noche de 1824 en que dos personas se encontraron en el lugar equivocado en el momento equivocado y no pudieron hacer otra cosa que lo que hicieron.

En los hijos y los nietos y los bisnietos que llevan esa historia en la sangre aunque no siempre sepan que la llevan. En el recorte de periódico que todavía existe, amarillento y frágil pero aún legible, con el retrato aproximado de un almirante ruso que alguien recortó con unas tijeras pequeñas en una habitación de Xalapa porque quería que su hijo supiera que tenía padre.

El profesor David Ramírez Lavoignet me dijo una vez, en una de esas tardes de hospital que este libro intenta preservar, que la función del cronista no es detener el tiempo sino darle forma para que no se pierda. Que la historia de una ciudad no está en los archivos sino en las personas que la viven, y que cuando esas personas se van llevan consigo algo que ningún archivo puede recuperar si nadie tuvo el cuidado de escucharlas antes.

Él me escuchó. Yo lo escuché. Y ahora este libro los escucha a los dos, y escucha a Alfonso y a Josefina y a don Amado y a Francisco y a Juan y a Alicia, que murió joven con el corazón frágil que era el rasgo más persistente de la estirpe, antes de poder ver en qué se convertiría lo que había empezado en aquella casa del barrio de Xallitic.

Lo que se convirtió es esto.

En algún punto del Ártico ruso, en el meridiano 180, hay una isla cubierta de tundra que lleva el nombre de un hombre que la buscó sin encontrarla. El viento que pasa sobre ella es el mismo viento que pasaba sobre Ferdinand von Wrangel cuando navegaba esas aguas hace doscientos años, buscando en los mapas en blanco el contorno de algo que sabía que estaba ahí.

En Xalapa, a doce mil kilómetros de esa isla, el viento huele a café y a tierra mojada y a buganvillas. Y hay personas que llevan en el apellido, sin saberlo siempre, la huella de ese hombre que buscó bien aunque no encontrara, que construyó aunque no se quedara, que dejó algo sin proponérselo que ha resultado más duradero que cualquier cosa que se haya propuesto dejar.

Hay una última cosa que este libro debe dejar escrita, no como curiosidad genealógica sino como enseñanza para los que vendrán.

El corazón frágil.

Ferdinand von Wrangel murió a los 73 años de una afección cardíaca. Alicia García Conde murió joven del mismo corazón que no supo durar. Consuelo, hija de don Amado, murió de afección cardíaca antes de llegar a vieja. Los varones Rangel que siguieron —casi todos— murieron antes de los setenta, de infartos o de otras eventualidades, pero de corazones que se detuvieron demasiado pronto. Los hermanos de Salvador. Sus primos. Una línea que se repite con una consistencia que la medicina llamaría predisposición genética y que la familia simplemente llama destino, aunque destino no sea la palabra correcta porque el destino no avisa y esto sí avisa.

Salvador Rangel Abud tuvo ya un infarto. Tuvo una cirugía de corazón abierto, la revascularización coronaria que le devolvió al músculo que bombea su sangre la circulación que el tiempo y la herencia le habían ido quitando. Y siguió. Cruzó los 73 años, que es la edad en que Ferdinand von Wrangel se detuvo, y siguió más allá. Es hoy el Rangel más viejo que ha habido desde el barón. El patriarca de un linaje que lleva casi doscientos años en Xalapa y que en él encuentra, por primera vez, a alguien que venció lo que a todos los anteriores venció.

Esto no se escribe para presumir de longevidad ni para tentar al destino. Se escribe para los hijos y los nietos y los bisnietos que leerán estas páginas cuando Salvador ya no esté para decírselo en voz alta: cuiden su corazón. No como metáfora, aunque

también como metáfora. Como dato médico, como herencia biológica, como la señal más concreta y más persistente que este linaje ha transmitido de generación en generación junto con el apellido y los ojos y la manera de sostener la mirada. El corazón Rangel es fuerte y es frágil al mismo tiempo, que es quizás la descripción más exacta de todo lo que esta familia ha sido desde que un cura veracruzano simplificó un apellido en 1824.

Cuídenlo. Es lo que les queda del barón. Es lo que les queda de Alicia. Es lo que late en ustedes desde aquella noche de Xallitic que ninguno de los presentes supo que iba a durar tanto.

Wrangel. Rangel.

El mismo nombre.

La misma sangre.

El mismo norte.

El mismo corazón... pero hoy...aún late con fuerza.